

La Ilustración Artística

AÑO XXV

← BARCELONA 9 DE JULIO DE 1906 →

NÚM. 1.280



LA VIRGEN DE LOS ARBOLITOS, cuadro de Juan Bellini

TREVES

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Conformidad* (drama rural de Víctor Catalá). — *Exposición general de Bellas Artes. Madrid. 1906* (conclusión), por Manuel Carretero. — *La iluminada*, por F. de la Escalera. — *SS. MM. el rey D. Alfonso XIII y D.^a Victoria en la Granja*. — *Noticias de Bellas Artes y Necrología*. — *Problema de ajedrez*. — *En la paz de los campos*, novela ilustrada (continuación). — Libros recibidos.

Grabados.—*La Virgen de los arbolitos*, cuadro de Juan Bellini. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *Conformidad*. — *Calvario*, cuadro de Santiago Rusiñol. — *Retrato de niño*, por Juan Antonio Benlliure. — *Esperando en el café*. — *Paseo de curas*. — *Un chicoleo*. — *En el estudio*. — *Buscando albergue*, aguafuertes de Ricardo Baroja. — *Mar oriental*, cuadro de Joaquín Mir. — *Jesús*, escultura de José Clará. — *Amparo y Pepita*, escultura de Enrique Marín. — *El rey Haakon VII y la reina Maud de Noruega*. — *Vista del interior de la catedral de Trondjem en el momento de ser coronado Haakon VII*. — *SS. MM. los reyes D. Alfonso XIII y D.^a Victoria visitando la Academia militar de Segovia* — *S. M. D. Alfonso XIII bajando a caballo las escaleras de los jardines de La Granja*. — *Las bailarinas camboyanas saludando al rey Sisowath y á M. Faillier* antes de dar comienzo á la danza. — *El rey Sisowath y los invitados á la garden-party presenciando la danza de las bailarinas camboyanas*. — *La procesión católica que dió lugar á la matanza de los judíos en Bielsostock*. — *Las familias de las víctimas reconociendo los cadáveres de éstos*. — *Manuel García*, célebre laringólogo español. — *Encaje para abanico*, ejecutado por D.^a Teresa Catá, viuda de Marpons. — *Poesía*, cuadro de Roberto Fowler. — *Paisaje de La Garriga*, cuadro de Ricardo Durán. — *Retrato del Excmo. Sr. D. Manuel Girona*, pintado por José M.^a Marqués. — *El circuito del Sarthe. Gran premio del Automóvil Club de Francia*.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: el 2.º período presidencial de Estrada Palma: la fiebre amarilla. — **Guatemala:** tentativa de revolución: el general Barillas: los extranjeros. — Los beneficios de la paz en Centro-América. — **Honduras:** la costa Atlántica. — El canal de Panamá: vacilaciones y dificultades. — **Chile:** relaciones con el Perú: situación económica: el salitre. — La tercera conferencia internacional americana: su programa: propósitos de los yanquis.

Por virtud de las últimas elecciones presidenciales fué proclamado presidente de la República de Cuba el Sr. Estrada Palma para un nuevo período de cuatro años que empiezan á contarse desde el 20 de mayo último. En dicho día tomó aquél solemne posesión de la presidencia, asistiendo al acto oficial y á la recepción en palacio los representantes diplomáticos acreditados en la Habana, las autoridades, senadores, diputados, etc. Algunos de éstos, los liberales, no concurrieron á la ceremonia; Estrada Palma es jefe de partido á la vez que jefe de Estado, circunstancia poco propicia para la paz y tranquilidad públicas.

En este su segundo período constitucional el presidente de Cuba debiera tener muy en cuenta las palabras del presidente de Colombia general Reyes, pronunciadas en el acto de prestar juramento: «No aspiro á ser jefe de partido, sino jefe de la administración pública y servidor del pueblo.»

Han vuelto á presentarse casos de fiebre amarilla; la enfermedad parece importada de los puertos yanquis del golfo, y por ello las autoridades cubanas resolvieron establecer cuarentena contra las procedencias de Texas, Luisiana, Mississippi y Alabama.

Durante el mes de junio han circulado noticias muy alarmantes sobre la situación de Guatemala. A fines de mayo empezaron á invadir el territorio de la República gentes armadas que se proponían derribar del poder á Estrada Cabrera. El caudillo de los revolucionarios era el ex presidente general Manuel Lisandro Barillas.

Como siempre que hay guerra civil en cualquiera de las Repúblicas americanas, la prensa europea ha publicado telegramas é informes contradictorios, y no hay medio de saber á ciencia cierta cuál es la verdadera causa de la revolución, ni quiénes son vencedores y vencidos. Los telegramas que de allí vienen reflejan la parcialidad de quien los envía; lo que aquí se escribe refleja es también de intereses particulares de una ú otra índole, cuando no de la ignorancia ó ligereza con que en Europa se trata, por lo general, de las cosas de América.

A lo que parece, Estrada Cabrera, reelegido en 1905 para otros seis años, tiende á dar condiciones de estabilidad y firmeza al poder ejecutivo, y aspira á ser el Porfirio Díaz de Guatemala. De tirano y déspota le califican sus adversarios, y el de mayor pres-

tigio y autoridad entre ellos, Barillas, que se considera con iguales derechos y aptitudes que aquél para seguir los rumbos trazados por el presidente perpetuo de México, apela á las armas, á la revolución, para lograr sus propósitos.

Los descontentos se agrupan en derredor de Barillas, y entran en juego algunos miles de pesos yanquis y europeos, pues sin ellos seguramente que no hubiera sido posible reclutar las bandas de aventureros que procedentes de México, El Salvador y Belice penetran por varias partes de la frontera en territorio guatemalteco.

Según los datos más verídicos, los revolucionarios que desde México marcharon contra Ocoís, no pudieron mantenerse en este punto; los del lado de El Salvador fueron también rechazados, así como los que luego intentaron la entrada por la frontera de Honduras. Apoyaba á estas invasiones y ataques un buque yanqui, fletado por Barillas, que iba y venía por el Pacífico, y que al entrar en puertos de las demás Repúblicas izaba el pabellón estrellado para embarcar impunemente hombres y material de guerra.

Los jefes de la revolución y los periódicos que les son adictos no ocultaban—antes al contrario, lo aducían como prueba de simpatías hacia su causa—la adhesión al movimiento de colonos alemanes, ingleses y yanquis establecidos en Guatemala; eran, sin duda, los que en estas guerras civiles en América se dedican á prestar unos cuantos centenares de pesos, ó cosa que lo valga, á la revolución, ó á fingir grandes perjuicios causados por ella, para luego poner el grito en el cielo y reclamar miles ó millones, amparados por los buques de guerra de las respectivas nacionalidades.

Estos movimientos revolucionarios, aparte el daño moral y material que ocasionan en el país víctima de ellos, producen otro deplorable efecto; contrariar, aunque sólo sea transitoriamente, al mantenimiento de las buenas relaciones con los Estados vecinos. Claro es que los gobiernos de El Salvador, Honduras y México, en el caso de que se trata, no toman parte en la revolución de Guatemala, ni la estimulan ni favorecen; mas no pueden evitarse ciertos recelos y aun las consiguientes reclamaciones por falta de la debida vigilancia de las autoridades en las zonas de la frontera en que se organiza la expedición invasora.

Son así las tales revoluciones una rémora para la cordial y constante inteligencia entre todas esas Repúblicas centroamericanas, y para el conveniente aumento de población y riqueza en cada una de ellas. Sin confianza en la paz interior y exterior, no es posible fomentar la inmigración y la colonización, base de la prosperidad y grandeza de estos países.

Los hechos, la experiencia, demuestran que unos cuantos años de sosiego bastan para alcanzar evidentes progresos. Así, por ejemplo, se realizan ahora en Honduras importantes obras de utilidad pública, mereciendo señalarse especialmente el desarrollo pasmoso de la costa atlántica, en la cual se llevan á cabo empresas y trabajos de toda clase. Líneas de tranvías ya construídas, ferrocarriles, canales con los que se aumentan las facilidades del cultivo y de la exportación, nuevas aduanas que ayudan al comercio, juntas de fomento, todo lo que con manifiesto poder contribuye al desarrollo y progreso de un pueblo, todo se hace ya en Honduras.

Gracias á los tres años de paz que lleva la República, su gobierno ha podido empeñarse en esas tareas con meritorio esfuerzo; estudia nuevas líneas por donde se puedan construir carreteras y ferrocarriles, y concede derechos y privilegios razonables á todos los empresarios que en esta clase de trabajos y en los de colonización y explotación de tierras quieran emplear sus capitales y energías.

Siguen discutiéndose las condiciones técnicas del canal de Panamá. El presidente de los yanquis es partidario del canal con esclusas, de acuerdo con la mayoría de los ingenieros constructores. Recomienda un canal cerrado, de 85 pies de ancho, porque así costará la mitad de lo que habría que gastar si se hiciera al nivel del mar y se invertirá mucho menos tiempo en la construcción.

Las obras van muy despacio; la falta de braceros, las fiebres, la mala fe y la inmoralidad de los funcionarios yanquis, todo contribuye á que las dificultades aumenten. Se han gastado ya muchos millones de dólares, y las cosas siguen casi como estaban en los días en que se proclamó la independencia de Panamá.

Ni las medidas sanitarias dan hasta ahora los resultados que se esperaban. Como acertadamente escribe

un periódico mexicano, exterminar los millones de mosquitos que generan la fiebre amarilla y las demás enfermedades palúdicas, desecar los pantanos, acabar con los animales ponzoñosos, etc., puede parecer cosa fácil á quien recibe comisiones y despacha mensajes en la Casa Blanca, ó discute tranquilamente en las alturas del Capitolio; pero no á quien lucha cuerpo á cuerpo con el sinnúmero de plagas y calamidades que hacen de Panamá mortífero país, y suelo inhospitalario para quien llega de otras latitudes, hecho á otra temperatura y á condiciones geográficas muy diferentes.

El presidente de Chile en su último mensaje (1.º junio) señala con satisfacción la cordialidad de relaciones que la República mantiene con la del Perú y expresa su confianza en que pronto habrán de establecerse acuerdos que garanticen la buena y permanente amistad entre ambas naciones.

Pero lo cierto es que la cuestión de Tacna y Arica sigue en pie, que Chile hace cuanto puede para afirmar definitivamente su soberanía en dichos territorios y formula ahora nuevo programa de construcciones navales y fortificación de puertos en previsión de que los armamentos que constantemente viene haciendo el Perú puedan servir á esta potencia para reclamar con mayor eficacia el cumplimiento de los tratados.

A la situación económica de la República dedica también párrafos de su mensaje el Sr. Riesco. Las cifras que aduce revelan la actividad de las fuerzas productoras del país; pero hace notar que la prosperidad comercial de Chile se debe casi exclusivamente á la exportación del nitrato. Preciso es, pues, atender á otros ramos de riqueza, aplicar grandes capitales á otros ramos de la minería, cobre, plata y oro, y estimular el desarrollo de la agricultura, ganadería é industrias manufactureras.

La recomendación del presidente merece, en verdad, tenerse muy en cuenta. Baste decir que en 1903, de los 194 millones de pesos en que se valoró la exportación total de Chile, 142 millones correspondían al salitre. Pueden calcularse los enormes perjuicios que sufriría el país si por cualquier circunstancia cesara ó se redujera considerablemente el mercado que hoy tienen esos abonos minerales.

Camino de Río de Janeiro van ahora la mayor parte de los delegados á la tercera Conferencia internacional americana que debe reunirse en la capital de los Estados Unidos del Brasil el 21 del corriente mes.

Variado es el programa de la Conferencia; reorganización de la Oficina internacional, arbitraje, reclamaciones pecuniarias, codificación del derecho internacional público y privado, naturalización de ciudadanos, tratados de comercio, leyes aduaneras y reglamentos consulares, patentes y marcas de comercio, policía sanitaria, ferrocarril panamericano, propiedad literaria y ejercicio de las profesiones liberales.

Pero, como ya se vió en el anterior Congreso, celebrado en México, esos temas ó cuestiones sometidos á deliberación y acuerdo por iniciativa ó influjo del gobierno de Washington sirven para encubrir los verdaderos propósitos de éste; imponerse, á modo de tutor ó protector, á las demás naciones del Nuevo Mundo, y favorecer, sobre todo, la expansión económica de los Estados Unidos del Norte.

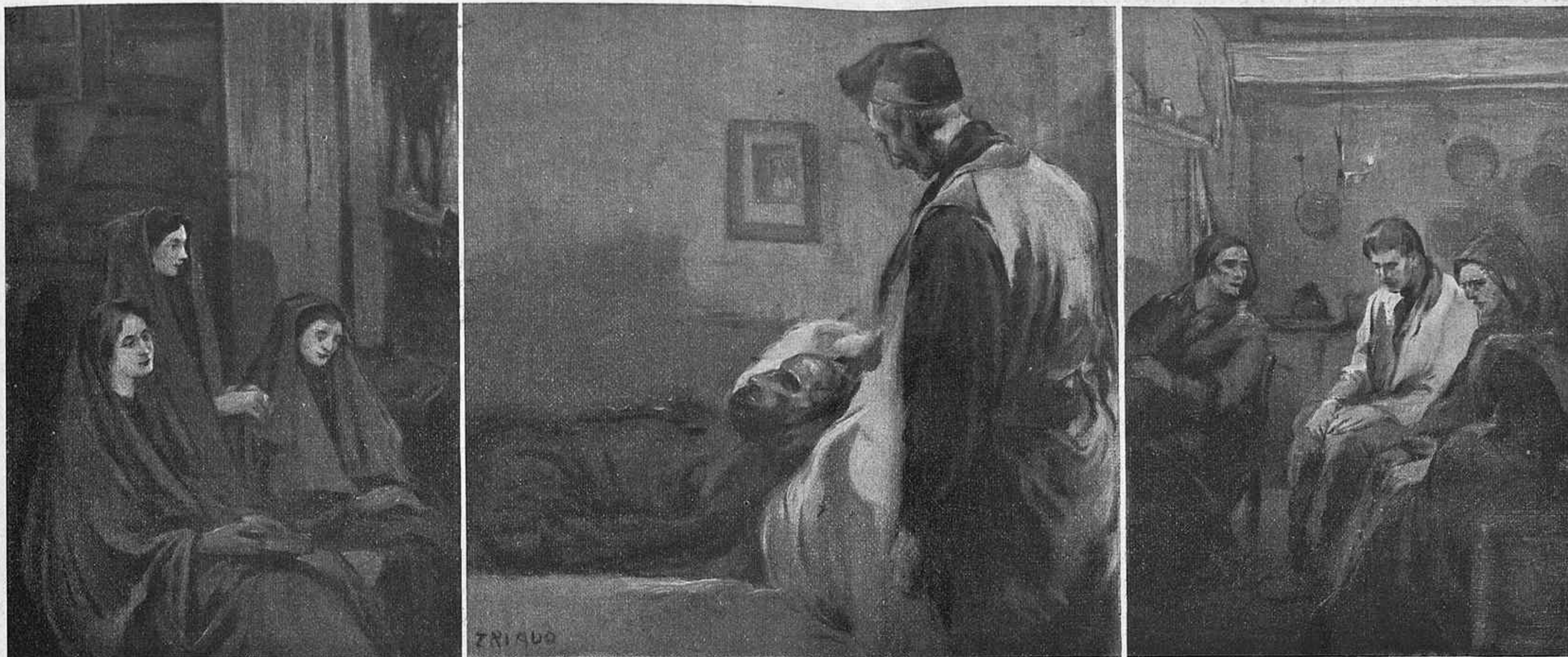
A eso tienden especialmente los temas 7.º y 8.º que se refieren al desarrollo de las relaciones comerciales entre las Repúblicas americanas y á la simplificación y unificación de las leyes aduaneras y consulares relativas á la entrada y despacho de buques y mercancías.

Las cuestiones de arbitraje y reclamaciones pecuniarias, á las que tanta importancia aparentan dar los yanquis, no les interesan, en realidad, gran cosa.

Pídese un acuerdo que confirme la adhesión de las Repúblicas americanas al principio de arbitraje para el arreglo de las cuestiones que entre ellas puedan suscitarse y otro acuerdo de recomendación á la Conferencia de La Haya para que considere hasta qué punto es admisible el uso de la fuerza para el cobro de las deudas públicas.

Seguramente, los Estados Unidos no tienen que temer que potencias europeas les cobren á cañonazos lo que deban, porque este procedimiento sólo se usa contra los débiles, ni tampoco habrían de aceptar un arbitraje si, por ejemplo, Colombia persistiera en hacer valer su derecho sobre territorios que dejaron de ser colombianos por un acto de perfidia y de fuerza de los yanquis.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



El abuelo, el viudo, detúvose junto á la cabecera...

CONFORMIDAD

(DRAMA RURAL DE VÍCTOR CATALÁ)

Las campanas doblaban lentamente, lastimeramente, con largos tañidos espaciados y tristes que llenaban el corazón de angustia. Parecía como si el campanero fuese un artista que supiese remover el rescoldo de amor que hay en lo profundo de todas las almas, aun las más ateridas, para hacer brotar de ellas una llamarada de sentimiento y de misericordia fraternales.

En torno del atrio, sentadas en sillas medianas apoyadas en el muro, una hilera de mujeres, inmóviles y con los brazos doblados, permanecían en actitud de recogimiento y afectando en los semblantes un gesto doloroso, con las cejas elevadas y los párpados caídos. Parecían una guardia misteriosa de estatuas parlantes, que seguían á coro el rosario que con voz entera y saludable rezaba la mujer alquilada, presidiendo el círculo desde allí abajo, desde el fondo de la pared frontera á la calle.

Pendiente de un clavo en un rincón, el candil de aceite parpadeaba desazonadamente, como un ojo enfermo, removiendo con sus titubeos de claridad herumbrosa las sombras inseguras que, como grandes cortinas de gasa negra, enlutaban la pieza.

Más adentro, en la cocina, completamente obscura, la familia, reunida, hacía como de tornavoz distraído al murmurio monótono del atrio.

—Padre nuestro que estás en el cielo..., decía la mujer alquilada, en tono lastimero y sin inflexiones.

—El pan nuestro de cada día dánosle hoy..., respondía más bajo el coro de estatuas dolientes.

—... dánosle hoy..., zumbaba rezagadamente el murmurio apagado dentro de la cocina obscura.

Y percibiase un leve rumor de rosarios movedizos, y las campanas de la parroquia, *ninc!, nanc!, ninc!, nanc!*, desgranaban sobre el pueblo, sumido en la paz del anochecer, su plañidero toque mortuario.

De pronto, el abuelo, el viudo, se levantó de entre los suyos, y sin ruido, como si no tocase al suelo, subió la escalera. Cuando ya llegaba á los últimos peldaños, la escalera de roble crujió.

—Alguien sube, suspiró con sobresalto la nuera.

—Mi padre, añadió el primogénito con voz imperceptible.

Y prosiguieron mansamente el rezo.

Arriba, un débil resplandor salía de la portezuela del pasadizo: era el de la luz que velaba á la difunta.

El abuelo, el viudo, entró en la estancia: llevaba los brazos colgando y la cabeza sobre el pecho. A raíz del ruedo encarnado de la barretina, envesada, blanqueábanle los cabellos como un copo de cáñamo: el pañuelo de merino negro, enroscado á modo de bufanda, tapábale la barba y la boca: su pecho parecía más hundido que de costumbre bajo la almilla, y más saliente la espalda.

Se acercó pausadamente al lecho, arrastrando los pies como si no pudiese hacerlos seguir. Sobre la frialdad de la sábana estaba extendida la difunta, rígida, vestida de negro, con los brazos estirados y las

manos amarillentas, de color de latón sucio, cruzadas sobre el vientre; por entre los dedos salíanle los rosarios de gachumbo, cuya borla, de un azul perdido, había resbalado hacia el muslo izquierdo y colgaba, con los torzales desgredados, como la peluca extendida de una mujer que se despeñase. La cabeza reposaba sobre el pecho, más baja la frente que la barba, con el pañuelo negro puesto, y otro de color, doblado y pasado como una venda por las quijadas, y atado en la parte superior de la cabeza para evitar que se abriese la boca del cadáver; y la boca, cerrada á la fuerza, formaba en la parte inferior del rostro un largo pliegue travesero, con los labios hacia dentro, sorbidos por la cavidad de las encías sin dientes. Lindando con el pliegue, la nariz, afilada como pico de ave, mostraba los orificios dilatados, negros, abiertos. Los pies, con sendas medias de lino, extendían las dos plantas juntas, llanas, rígidas, como manos paradas que quisiesen detener á los que entraban.

A pesar del aire que se colaba por la ventana abierta de par en par, como hábito por las fauces de un monstruo quieto, dentro de la estancia sentíase un tufo extraño, tufo de éter de la postrera pócima que había tomado la enferma, y tufo de cera de los cirios del Viático. En la mesita cercana á la puerta, un candil de fanal, dentro de un plato de tierra, chisporroteaba de tanto en tanto, como si tuviese sal en el pábilo; y al lado del plato, los zapatos de la difunta parecían hacerle compañía. No se los habían puesto, porque calzar á un muerto acarrea desgracia: el muerto que va calzado al cementerio, antes de un año hace que le siga otro de la familia.

El abuelo, el viudo, detúvose junto á la cabecera: tenía los ojos secos como trozos de cristal empañado, y á lo largo de las bragas temblábanle las manos, roñosas y endurecidas como garras de cigüeña, con aquel temblor crónico que le hacía inútil para toda clase de trabajo. Levantó la cabeza lentamente y miró á la difunta: hacía más de veinte años que no la había mirado así, á derechas, por voluntario impulso. Miróla, pero como se mira una cosa que no se conoce ni se tiene deseo de conocer: con una mirada apagada, fría, más muerta que la muerta misma; y vió una frente lisa, con la piel tirante, como encolada sobre los huesos, y un cuello flaco, pellejudo, que amarilleaba por entre el jubón y los pañuelos como vejiga de saín rancio. El abuelo, el viudo, sintió que una especie de extrañeza hurgaba en su interior, haciéndole parecer que aquella mujer rígida no había sido nunca la misma mujer con la cual se casó y vivió tantos años; y extrañado de aquella extrañeza, se quedó contemplando el cadáver con mirada fija, como si también á él se le hubiesen inmovilizado para siempre las pupilas entre los párpados.

Mientras tanto, por la garganta obscura de la ventana seguían entrando los rezos lastimeros:

—Padre nuestro que estás en el cielo...
Ninc!, nanc!, ninc!, nanc!

—... perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos...
Y por el hueco de la escalera subía suavemente el murmurio rezagado de la cocina:

—... como nosotros perdonamos... á nuestros deudores...

De pronto, por la quieta espesura del cerebro del abuelo pasó la luz de un pensamiento como pasa un rayo de luna por un claro de una selva primitiva. Pensó que aquellas campanas no tardarían en volver á doblar por los difuntos, y las mujeres, inmóviles, á rezar el rosario en el atrio. Mas él ya no lo escucharía: él estaría rígido, yerto, sobre aquel lecho matrimonial, allí mismo donde ahora estaba su esposa. Aquel pensamiento fué claro, de una claridad crepusculina y limpia; pero dejó al abuelo sereno y tranquilo como si nunca hubiese pasado por las tinieblas de su cerebro, como si no le hubiese hecho ver nada. Ni el corazón reforzó un ápice su tic-tac descompasado y débil de maquinilla gastada, ni los cristales empañados relucieron al paso de una lágrima. El ya sabía que era viejo y que los viejos se han de desprender de la vida como se desprende del árbol la fruta madura. Esto era natural, y lo natural nada tenía de atemorizador para el abuelo. Cada compañero ó compañera de su tiempo que *se iba*, parecía mostrarle el camino y hacerle seña para que les siguiera: y él estaba dispuesto á seguirles sin necesidad de ruegos. Al fin y al cabo, «¿qué tenía que hacer en este mundo?» se decía. En su hora había cumplido como un hombre, pero ya no podía levantar la azada ni empuñar la podadera, y hacía tiempo que el primogénito y la nuera tenían la dirección de la casa y no había en ella suficiente espacio para los pequeñuelos. Era preciso, pues, hacerles sitio: aquella estancia pediguéñeaba huéspedes nuevos, y él, el abuelo, se la dejaría de gana. Ahora, además de sus compañeros, llamábale *allá arriba* la esposa, quien le tendía la mano para ayudarle á atravesar el vado que separa un mundo de otro. Que lo hiciese pronto, mejor cuanto más pronto... Y el abuelo miró á la difunta, como haciéndole presente aquel secreto deseo, oculto tras de sus pupilas empañadas y fijadas. Mas, como si de pronto le asaltase el temor de que la esposa había de olvidarse de él y dejarlo solitario sobre la tierra, tuvo una inspiración para hacerle memoria.

Poco á poco, arrastrando los pies que no querían obedecerle, con la cabeza sobre el pecho hundido y la espalda más saliente que nunca, separóse del lecho y se acercó á la mesita, alargando sus manos temblorosas; y pareció que al ver aquel ademán del anciano, los dos zapatos de terciopelado, fraternalmente aparejados y movidos por un impulso misterioso, avanzaban hacia él para que los alcanzase más pronto.

Y el abuelo los cogió, volvió hacia el lecho, y á la claridad tremulante del candil, que chisporroteaba como si tuviese sal en el pábilo, calzó tranquila y serenamente los pies rígidos de la difunta.

Por la garganta negra de la ventana penetraban en la estancia las postrimerías amortiguadas del rosario que terminaba, y el espaciado y lastimero *ninc-nanc* de las campanas.

TRADUCCIÓN DE VIADA Y LLUCH.

(Dibujo de Triadó.)

EXPOSICION GENERAL DE BELLAS ARTES

MADRID. 1906

SECCIÓN DE ESCULTURA

(Conclusión)

Jesús, por José Clará. Otro escultor catalán, como los anteriores, y de mucho mérito. Presenta un Cristo de tamaño natural, amarrado á la columna. En este desnudo, ejemplo de lo que debe ser el arte grande, y en toda la expresión del Maestro, comprendemos que Clará conoce perfectamente ya todo su arte, en el que de fijo le aguardan días de mucha gloria. Las cabezas del Bautista y de una mujer afirman más sus éxitos y son también bellas muestras de un gran escultor moderno y de gusto.

A Enrique Marín, escultor andaluz, hay que pedirle cosas de mayor enjundia que los detalles que ahora expone, y no por el tamaño... Marín tiene talento, ilustración, alma de artista, y de la masa compone los dibujos más difíciles y correctos que yo en obra de escultura he conocido. Ved, si no, el grupo de mármol titulado *Amparo y Pepito*. Yo, lectores, por más esfuerzos que hiciera no podría daros aquí una idea de

la armonía, de la naturalidad, de la tierna poesía y gracia sencilla que en los rostros de los dos niños se admiran. Y aquellos ángeles están dormidos, trasladados en éxtasis celestial, purísimo, de las almas virgenes. Admiremos al escultor que supo transparentar en sus figuras sueños blancos, sueños de color de rosa, de dos almitas de la tierra. Y pidámosle para pronto obras de mayor empeño, menos dulces y de más lucha.

Comprárale yo á Perinat, ese delicado artífice, mármoles blancos como el armiño para adorarlos orgulloso en mis gabinetes de ensueño. A mi lado *Militza* coronada, á mi diestra *la Cleo*. La una haríame soñar con las mujeres egipcias y en su diosa Isis de la fecundidad; la *Cleo* de Merode en la picardía parisiense y en el *chic* de los Music-Halls... ¡Quién tuviera dinero para enriquecer al Sr. Perinat, á ese escultor frívolo, delicado, sugestivo, á cambio de tan bellas esculturas femeninas que nos muestra!

Mi correcto y amable amigo González Pola, que es Jurado en esta Exposición, presenta fuera de concurso un fragmento del monumento que á los repatriados se eleva en Vigo: un soldado español que atenaza, ya caído en la batalla, con sus crispados dedos la enseña de la patria, la gloriosa bandera. Y á pesar de lo sobado del asunto, el notable escultor nos conmueve con su triste escena, que es una maravilla de verdad.

Las cosquillas es un grupito gracioso de Folgueras, que nos recuerda los buenos tiempos de la escultura y los nuestros también.

In extremis es un hermoso grupo de Campeny; la figura de la leona está modelada con gran vigor; la de la mujer es un excelente estudio del desnudo y denota en el artista no escasos conocimientos anatómicos. El conjunto impresiona por su originalidad y por su verdad.

El último tributo es un grupo de buen tamaño de Joaquín Bilbao, hermano del gran pintor sevillano: dos hermanos, los del grupo, han depositado una corona de siemprevivas en la tumba de sus padres. Es un grupo moderno y bien sentido el del Sr. Bilbao.

El Sr. Carretero, mi homónimo á quien admiro, expone *El Gorrion*, que es una escena graciosa. Si está bien ó mal su obra no soy yo

quien debe decirlo, ya que los dos llevamos el mismo apellido.

Dícenme los amigos de Gargallo que este artista quiere ser un escultor genuinamente español; quiere representar nuestros dolores, los de los hombres castellanos, con caras y cuerpos que no nos sean desconocidos á todos los que los atisbamos bien un día y otro, en la calle y en nuestras casas; quiere luchar

mar, contra lo que otros han opinado, que están muy bien, que tienen carácter, espíritu y sobre todo originalidad. No, no son rostros caricaturescos y exagerados los de los *Castos* y los *Humildes*, ni es trabajo fácil de hacer el que nos presenta Gargallo. Unas líneas sólo, la morbidez de un labio, la dilatación de un rostro, para darnos exacta idea de que la persona representada en el barro padece ó una locura ó una

virtud. Creo que á este escultor — como también á Catoli y Canalias — debemos animarles para que sigan su camino nuevo y muy ancho.

También han presentado obras dignas de mención los distinguidos artistas Coullaut Valera, Borrás, Angel García, Parera, Pérez, Garnelo, Canalias, García González, Doménech, Cerveto, Vega, Callejo, Loizaga, Moreno, Castaños, Laurel, Jimeno, Higuera, Pelayo, Taso y Moisés Huertas.

SECCIONES DE ACUARELAS, PASTELES Y OTRAS OBRAS.

En una de las salas pequeñas están todos los pasteles de Ruiz Luna, el gran marinista y paisista; tiene este pintor una fama grande y muy justa; es un artista sincero, apasionado de la impresión verdad, honda, poética, que sabe llevar siempre á sus lienzos y á veces á una tablita de una cuarta cuadrada lo sumo.

Las obras de Sancha y Nonell vense reunidas en la misma sala de la Exposición. Y bien hizo el Jurado en colocarlas cerca; que aunque la manera de interpretar de estos dos jóvenes es diferente, el espíritu, la novedad y el gusto que se observan en todas sus bellas producciones es muy semejante. Pero el uno, Nonell, prescinde por completo de la forma, se aleja de las medianías que no le comprenderán jamás, y con sus endemoniados trazos es uno de los más terribles anarquistas artísticos de este concurso. No pinta nunca las caras, no termina los cuerpos, no redondea los brazos ni cuadra los hombros, pero la impresión que dan todos sus dibujos es grande y exacta.

Sancha es otra cosa: es más amante de la forma y sabe engañar muy bien; aun siendo en algunos dibujos más despiadado que el anterior artista, parece más alegre y menos filosófico, y hasta hacen reír, á muchos infelices sujetos, las cuatro viejas del Retiro de la hermosa pintura de Sancha. ¡Reír ante este cuadro!.. Yo sé quien lloró viendo aquellas viejas quintañonas cobijadas en el parterre bajo unos tupidos y tétricos bojes, en un atardecer silencioso del otoño... ¡Y las otras obras de Sancha, de los traperos, los mendigos y los golfos! En todas se observan originalidad y belleza grande.

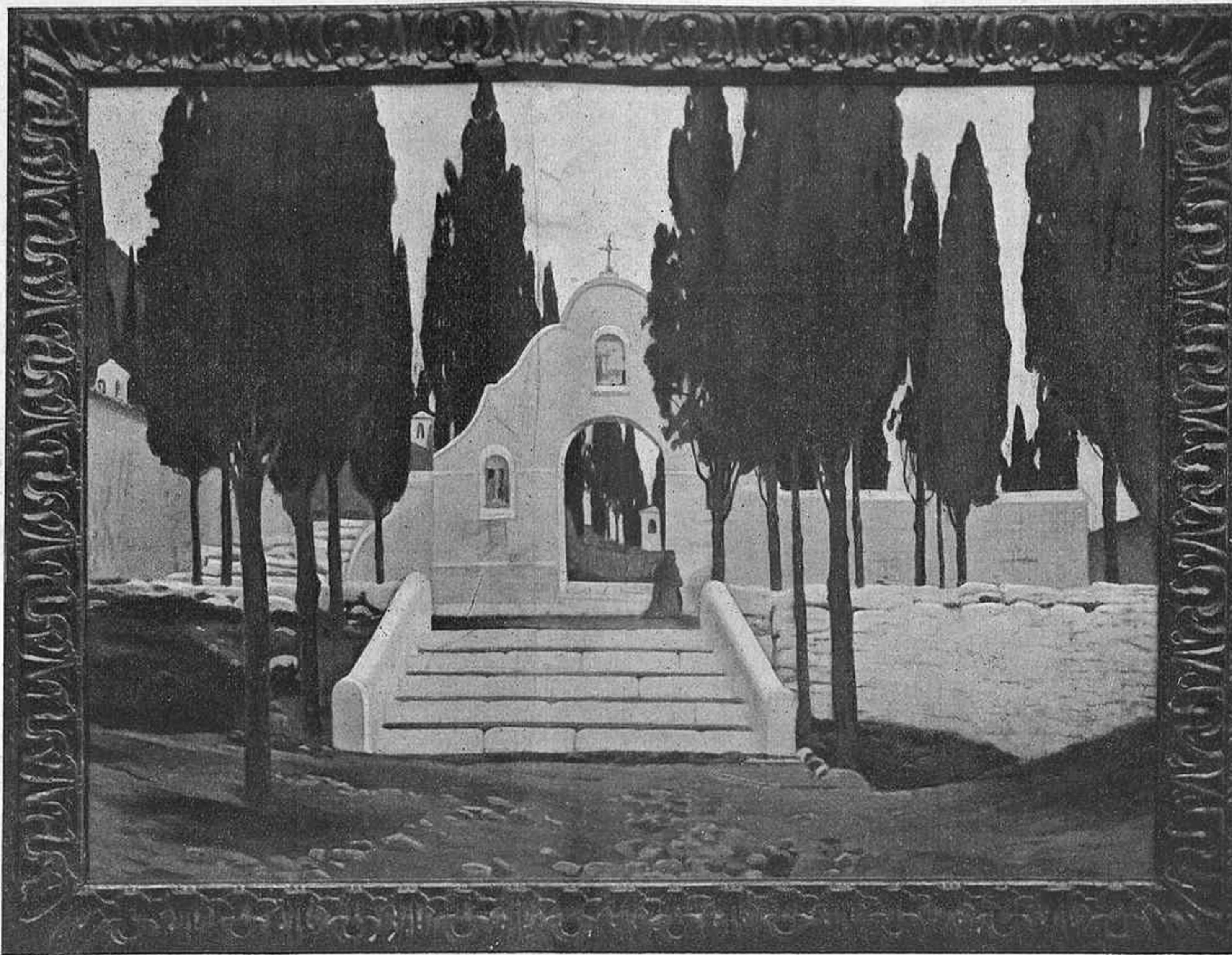
Son veintitantas aguafuertes las de Baroja, Ha merecido este artista loanzas de todos los grupos, hasta de los más apegados á una tradición mediocre y vulgarísima.

Ricardo Baroja es poco conocido en España, pero sus aguafuertes se admiraron en los centros de arte de Londres, se alabaron por los más inteligentes y por último se vendieron pronto.

Los maestros ingleses estimaron á Baroja por la semejanza de sus trabajos con los de Goya. Es esto cierto y la semejanza existe, elevando el mérito del joven pintor. En *Los desastres de la guerra* y en *Los caprichos* pueden apreciarse los que han sido únicos guías y amores del mejor discípulo del maestro español.

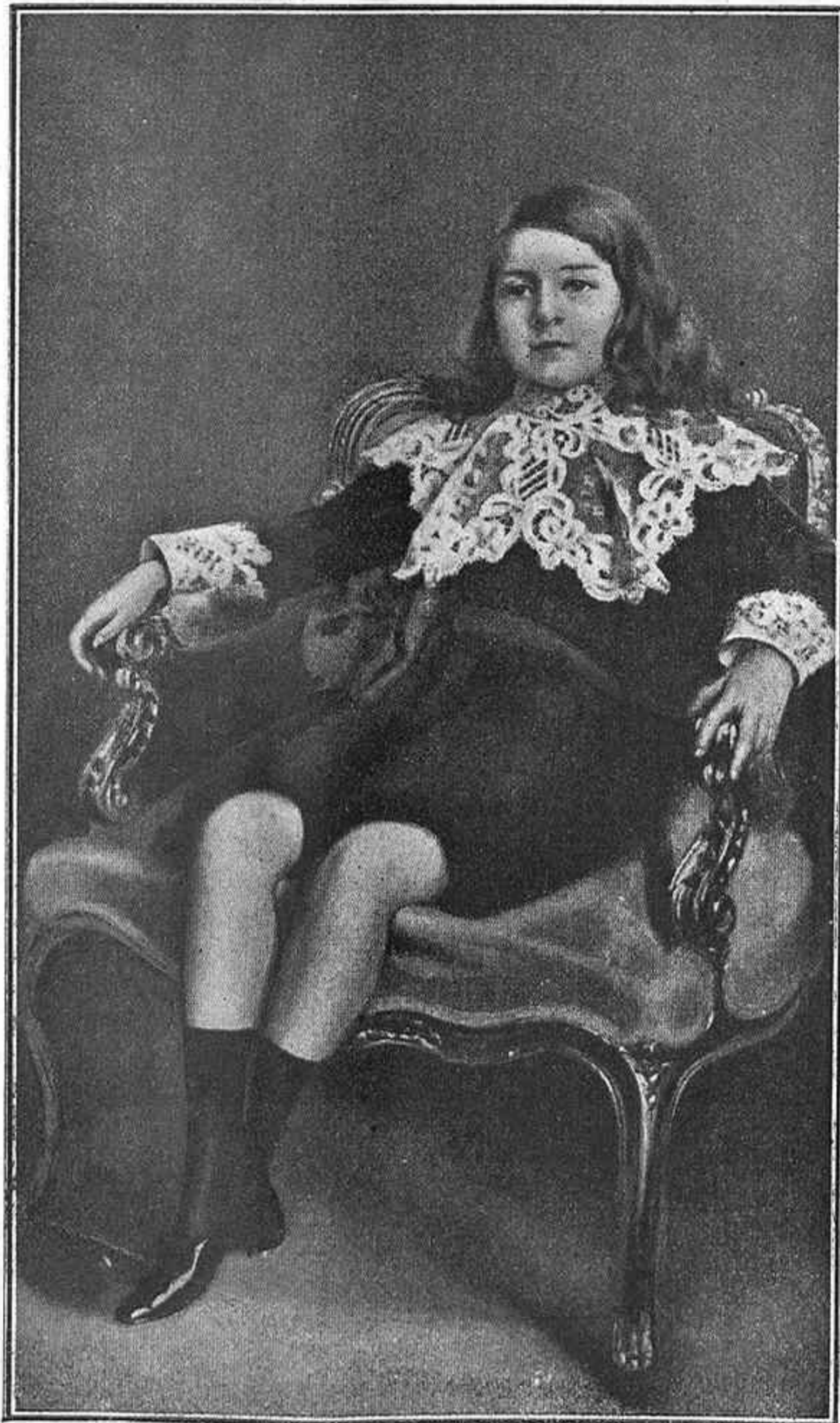
El Viático, *El colegio*, *Paseo de curas*, *Un chicoleo*, *Buscando albergue* y *Las afueras*, entre otros varios, son trabajos, no interesantes, sino grandes, hermosos y con fuerza para vivir muchos años en los mejores museos.

Baroja, como su hermano, mi querido amigo

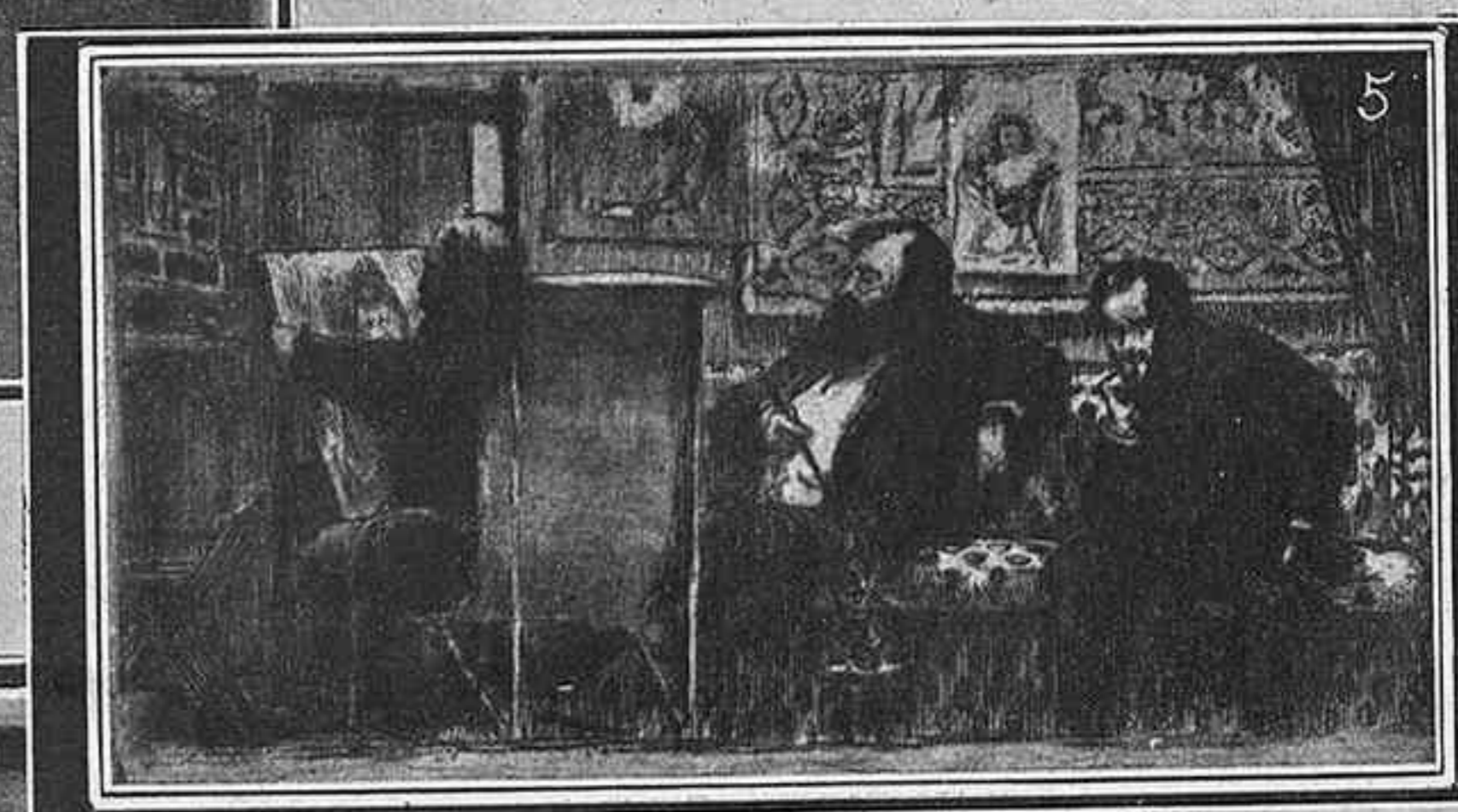
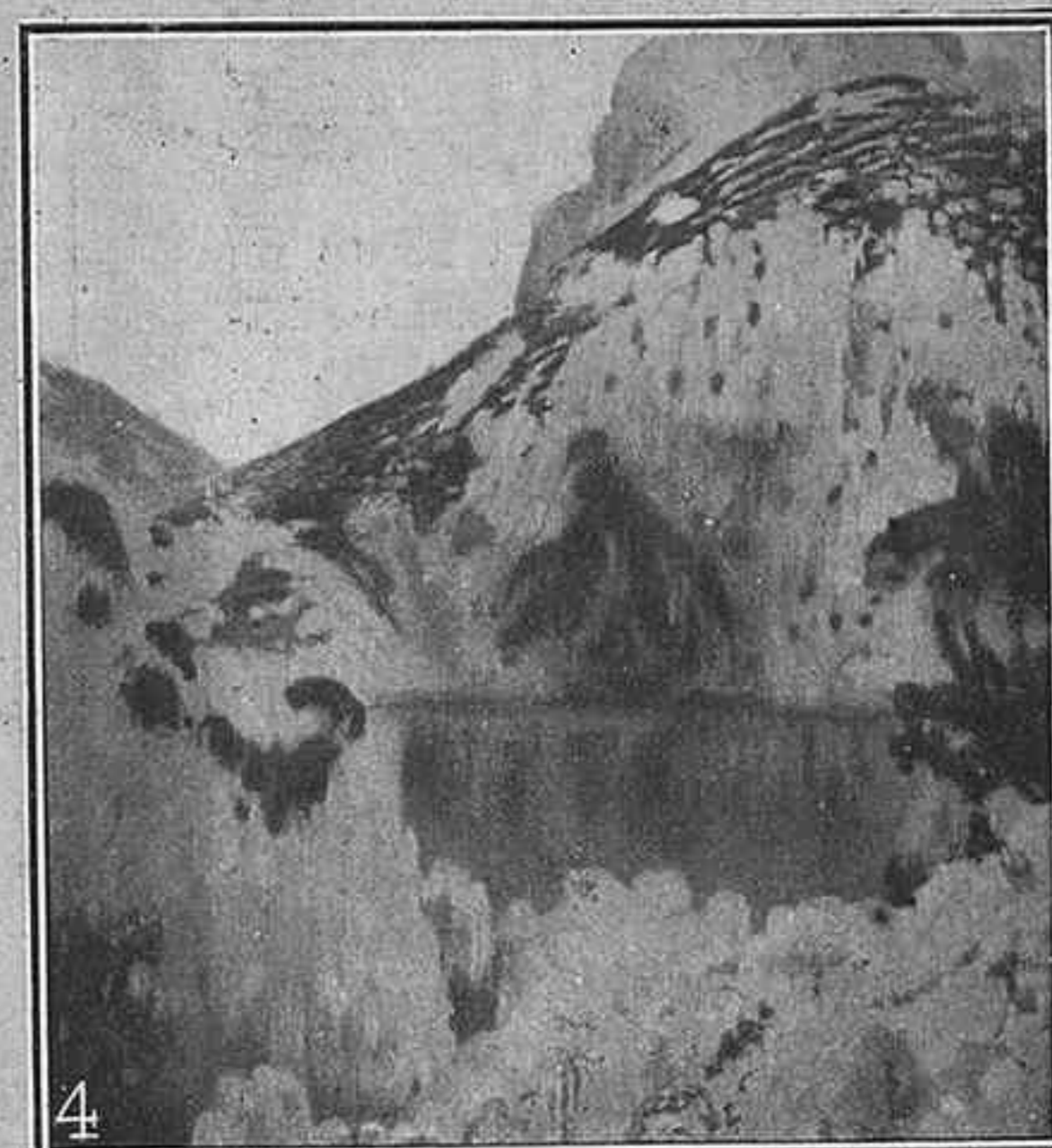


EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES DE MADRID, 1906. — CALVARIO, cuadro de Santiago Rusiñol, premiado con condecoración de primera categoría.

por la verdad en el arte, sin recovecos, producto de una idiopatía aborrecible... Y con estos grandes propósitos lanzóse este soñador á la pelea, y expone aquí por vez primera unos bajos relieves que yo voy á afir-



EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES. MADRID, 1906. RETRATO DE NIÑO, por Juan Antonio Benlliure, premiado con condecoración de segunda categoría.



1. ESPERANDO EN EL CAFÉ. - 2. PASEO DE CURAS. - 3. UN CHICOLEO. - 5. EN EL ESTUDIO. - 7. BUSCANDO ALBERGUE. Aguafuertes de Ricardo Baroja, premiadas con segunda medalla. - 4. MAR ORIENTAL, cuadro de Joaquín Mir, premiado con condecoración de primera categoría. - 6. JESÚS, escultura de José Clará, premiado con tercera medalla. - 8. AMPARO Y PEPITO, escultura de Enrique Marín.

el notable novelista, prefiere elegir sus modelos en las clases últimas, donde dice hay ambiente y rasgos bien definidos: detalles de lucha, de miseria, de agonía, de vicios de los hambrientos...



EL REY HAAKÓN VII Y LA REINA MAUD DE NORUEGA. Retratos hechos inmediatamente después de la coronación.

En la misma sala que Baroja exponen también los Sres. Riquer, Campuzano Espina, Verger y Orox algunas aguafuertes muy interesantes, y allí, al lado, Méndez Bringa y Valera, estos dos antiguos ilustradores de revistas, nos muestran casi todos los originales que con su firma publicaron en varios periódicos. Yo no voy á hablar de su labor, que ya fué conocida y muy apreciada por el público.

Un artista novísimo, Solana, expone en este departamento unas obras muy originales, más que las de Nonell y Regoyos. Demuestra con sus raros trabajos talento y osadía. Ya es algo.

De Daniel Zuloaga vemos ya en la sección del arte decorativo todo un gran testero lleno de obras de cerámica, bellos y artísticos azulejos que, encajonados los bordes de uno con los del inmediato, representan escenas del campo, pastores que vuelven á la ciudad con sus ganados, arrieros que transitan por un puente, labradores con sus capas pardas, mujeres viejas, etc. Y pregunto yo: ¿por qué no estimará la gente estas preciosidades artísticas y con ellas no adorna sus cuartos, todas sus casas? Yo, lectores, repito ahora lo mismo que dije ante los mármoles de Perinat: ¡Quién tuviera dinero!

SECCIÓN DE ARQUITECTURA

Este año hay algo que alabar en esta sección. De ello nos congratulamos, que hora era ya que los arquitectos españoles evolucionaran hacia el arte. Siguiendo así, su transformación en la arquitectura, muy pronto van á convertirse nuestros edificios en moradas suntuosas y de agradable vista. Los notables arquitectos Flores, Aznar, Roca Saldaña, Carrasco, Berlanga y Guimón van á hacer el milagro. Ahora sólo falta que el público y los constructores de fincas los protejan y se dejen guiar por ellos.

Los pensionados Flores y Aznar exponen obras tomadas en Italia y en La Cartuja, verdaderos cuadros llenos de belleza. Para estos jóvenes es nuestro sincero aplauso.

**

Y aquí, lectores, terminan estas modestas notas sobre la Exposición de 1906. Nada de notable, para nuestro gusto, queda en ella que nosotros no hayamos citado.

MANUEL CARRETERO.

(Fotografías de Toneser.)

LA ILUMINADA

A fuerza de observar el grande efecto que producen desde la escena las eminentes artistas de la dramática, había llegado á imaginarse la aristocrática señorita de Rodríguez de la Granada, la adorable María Luisa, que el teatro era un templo pagano ideado para las elegidas.

Viéndolas desde la platea, las artistas aparecían ante los ojos de María Luisa llevando nimbo en la frente. El

mante; las filas de palcos, elevándose unas sobre otras hasta llegar á las pinturas del techo, y apareciendo, ante los ojos de los espectadores, como un bajo relieve con aristas de oro; el rumor, marejada con sordina; murmullo rezado, hondo, bajo cuyo runrún parece que se hallan encarceladas diez mil carcajadas, un inmenso orfeón de dolores y de placeres, una marcha real de palabras dulces de idilio, todo metido á la fuerza, á puñados, empotrado allá, dentro de la camisa de fuerza de los convencionalismos sociales. Y sobre todas esas sensaciones, estaba para María Luisa la influencia arrolladora de la multitud, asam-



CORONACIÓN DEL REY HAAKÓN VII DE NORUEGA. - VISTA DEL INTERIOR DE LA CATEDRAL DE TRONDJEM EN EL MOMENTO DE SER CORONADO EL MONARCA. (De fotografías de Halfstones, Limited, London.) (Véase la descripción en el número anterior.)

caso es que de sobra sabía que no; que era pura ficción de sus ojos; la razón no tiene nada más que un camino; pero de todas maneras, mirándolas así, con la mirada benévola de las indulgentes, de las ilusionadas, de las fanáticas, las actrices parecíanle á la joven figulina orladas de sol...

—Será el genio, quizá, lo que las endiosa; ¡porque el genio, el gran genio, debe tener fluido y luz!

Y la predestinación artística de María Luisa advertíase en mil detalles pequeños. No había quien se lo quitase de la cabeza; ella tenía en el corazón y en el cráneo gloria.

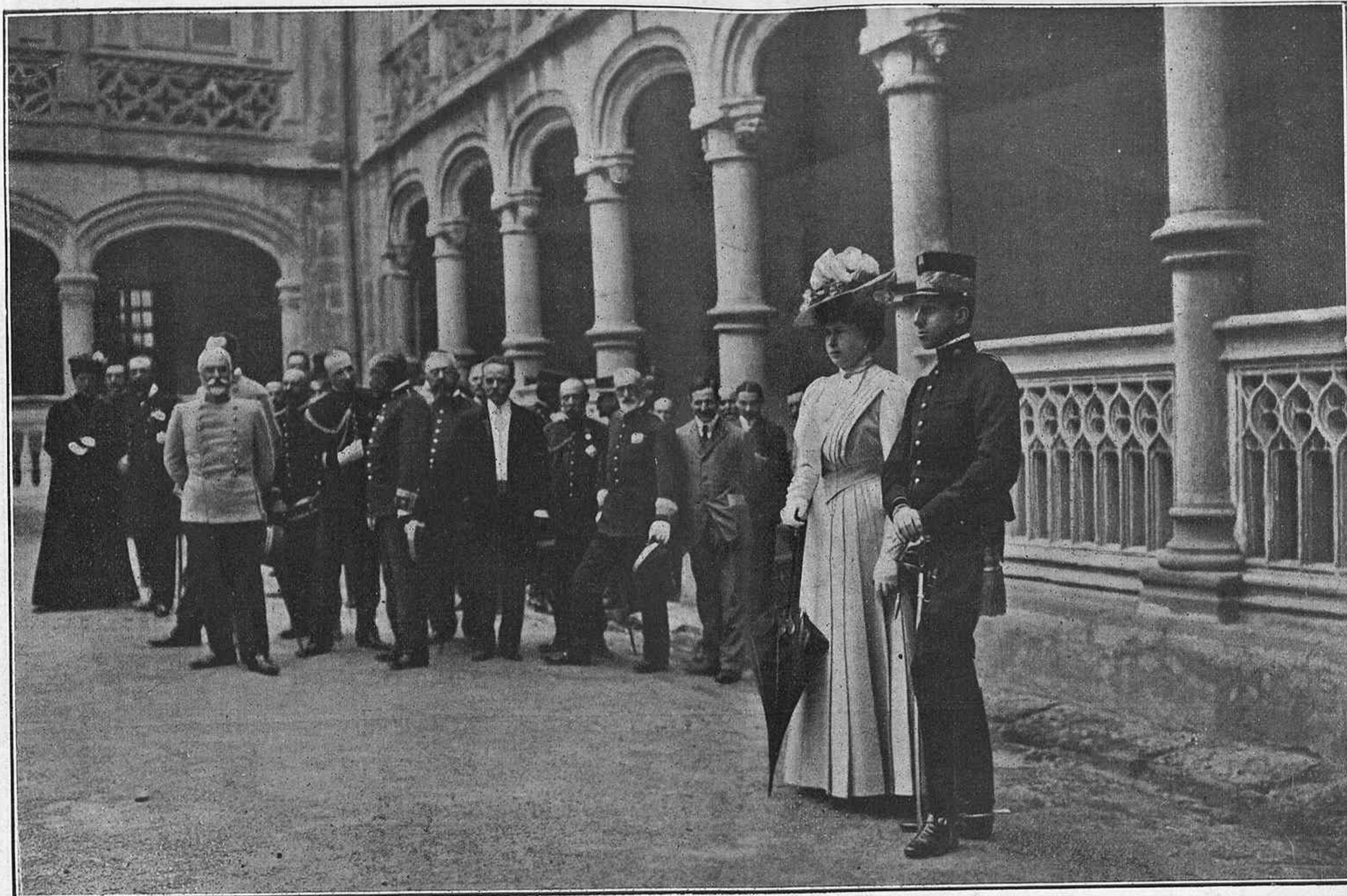
Al entrar en el palco sentía en el espíritu el deslumbramiento del panorama. Aquella grandiosa concavidad dorada, como el interior de un huevo de dia-

blea [de almas... Se decidió. Se decidió después de una noche de íntimas consultas con la almohada.

—Yo lucharé con los ridículos convencionalismos sociales, con la mogigatería aristocrática, con mi familia, con mis amigas, y si después de intentar todos los recursos posibles para conseguir la persuasión se obstinan en no comprenderme y me desdeñan, con no hacer caso...

Y un día, de sobremesa, en familia, planteó valientemente la cuestión.

Al principio, la revelación cayó como una bomba; pero María Luisa, que ya inconscientemente tenía inspiraciones geniales, logró dar á su voz, á sus energías, á sus ruegos, tal acento de pasión y de grandeza, que á las dos horas ya había logrado que su fa-



SS. MM. LOS REYES D. ALFONSO XIII Y D.^a VICTORIA VISITANDO LA ACADEMIA MILITAR DE SEGOVIA. (De fotografía.)

milia le prometiese construir un teatro en casa, un teatrín aristocrático y diminuto, que, más tarde, cuando quedó construído, vió con alegría que tenía todo el aspecto de un portal de Belén ricamente decorado.

Los mejores profesores de declamación fueron á enseñarla; todas las eminencias de la escena fueron pasando por el hotel.

Y María Luisa, cierta noche—augusta para ella por lo señalada y memorable—debutó en su teatro con la *Mariana*, de Echegaray, magnífico estudio psicológico de mujer.

Arrebató á la concurrencia, la entusiasmo. El gran arte no es ni plebeyo ni aristócrata; es arte. Si Sara Bernhardt, por ejemplo, hubiese nacido de una familia de gitanos, no por eso hubiera dejado de ser Sara Bernhardt.

Aquella pequeña satisfacción, que en noventa y nueve por ciento de los casos supone un estímulo, produjo en María Luisa efectos contrarios.

En su cerebro impresionable se efectuó una *debacle*; las ilusiones se le desmoronaron; la pintura de brocha gorda de las decoraciones, el artificio de los efectos, la prosaica realidad del teatro por dentro, le dieron repugnancia: vió que todo aquello eran sencillamente oropeles de guardarropía; una gran careta, del tamaño del escenario, que servía para caricaturizar las pasiones, la vida toda, y cerró los párpados con vergüenza. Y aquella noche, precisamente la de su éxito, encerrada después en su alcoba, lloró.

—¡Oh, qué caída más grande han soportado mi mente y mi alma!

Mandó destruir el teatrín aristocrático; se puso insoportable de puro caprichosa, de puro rara. Para una mujer histérica, una decepción es una catástrofe.

María Luisa enfermó; avergonzada de haberse dejado subyugar por las ficciones del arte, se refugió en el misticismo.

—En lo sucesivo Dios será mi poeta, mi genio, mi

transforma en espiritualidad, una gran mujer que desaparece del escenario social, supone una página de luto para la historia galante.

—Se eclipsó como una estrellita..., dijo la hermana de María Luisa llorando y mirando con sus ojitos candorosos de niña al cielo.

Una mañana en el convento circuló una noticia

extraordinaria; produjo honda conmoción en la casa santa. Sor María se estaba muriendo.

Fueron todas las religiosas á su celda; con sus tocas blancas y aglomeradas junto al lecho presentaban un conjunto teatral.

—¿Qué te pasa, hermana?

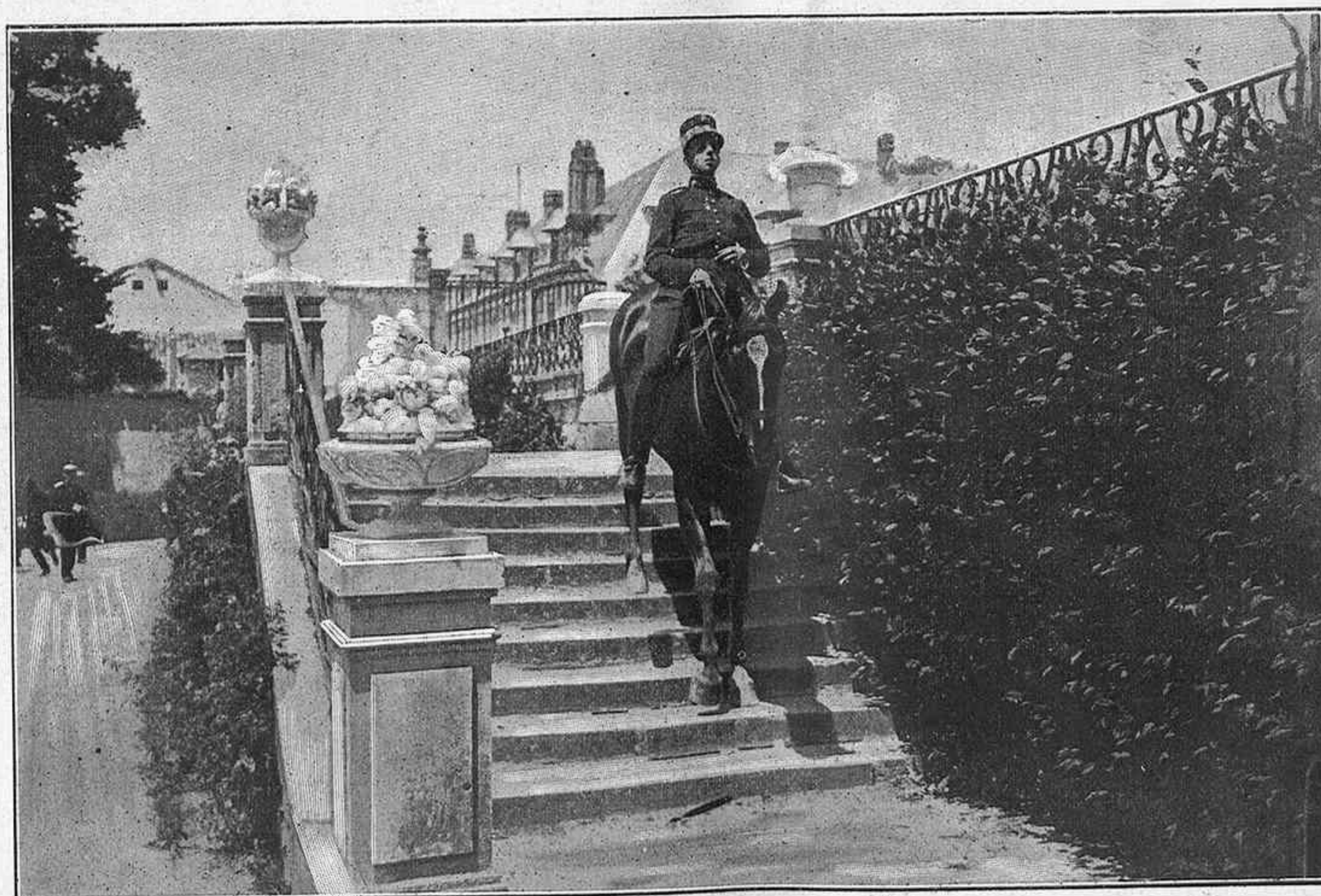
—Me muero.

—¿De qué, hija mía?

—No sé, no sé; es que me quiero ir al cielo; quiero profesar en el convento de la gloria... ¡Allí, allí es donde está la verdadera verdad; aquel es el gran teatro sin comedias!

Se quedó absorta, sonriendo con deliciosa expresión en su instante supremo de agnía. Cogió el crucifijo, lo besó, recibió la unción y quedó quietecita como una pavesa.

F. DE LA ESCALERA.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII BAJANDO Á CABALLO UNA DE LAS ESCALERAS DE LOS JARDINES DE LA GRANJA (De fotografía.)

inspirador; ¡siquiera Dios es absolutamente verdad! Y miró al cielo con éxtasis...

La señorita María Luisa Rodríguez de la Granada profesó.

En el mundo y en el convento produjo el hecho sensación. Una belleza que abdica, un alma que se

SS. MM. EL REY D. ALFONSO XIII Y D.^a VICTORIA EN LA GRANJA

Continúan nuestros jóvenes monarcas su jornada en la hermosa residencia de La Granja, viendo transcurrir plácidos y venturosos los días de su luna de miel en medio de los encantos de la naturaleza, y haciendo de reyes lo menos posible. En efecto, la vida que allí llevan D. Alfonso XIII y su augusta



Las bailarinas camboyanas saludando al rey Sisowath y á M. Faillieres antes de dar comienzo á la danza



El rey Sisowath, M. y Mme. Faillieres y los invitados á la garden party presenciando la danza de las bailarinas camboyanas
PARÍS — GARDEN PARTY CELEBRADA EN EL ELÍSEO EN HONOR DEL REY SISOWATH. (De fotografías de Branger.)



La procesión católica que dió lugar á la matanza de judíos. Vista tomada pocos momentos antes de hacerse los primeros disparos



En el jardín del hospital judío de Bielostock. Las familias de las víctimas reconociendo los cadáveres de éstas
RUSIA.—LA MATANZA DE JUDÍOS EN BIELOSTOCK. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

esposa, salvo los momentos en que por precisión han de actuar oficialmente, es una vida campestre, sin etiquetas palaciegas, paseando solos como simples particulares por aquellos pintorescos lugares, alternando con las gentes más humildes, realizando alegres excursiones á los alrededores de aquel real sitio y celebrando fiestas de carácter íntimo.

Hace pocos días, D. Alfonso XIII invitó á la oficialidad del batallón de las Navas, que está allí de guarnición, y á los redactores corresponsales de Madrid, á que le vieran saltar los obstáculos colocados en la pista de los reales jardines. Su Majestad, que es un consumado jinete, dió una vez más pruebas de su agilidad y de su resistencia, ejecutando durante una hora difíciles ejercicios, entre ellos el salto de 1'20 metros de altura y el de 8 metros de longitud. Además, montado en la yegua *Pityma*, subió y bajó las escalinatas de piedra de los jardines en la forma que se ve en el grabado de la página 447.

El otro grabado que en la misma página publicamos representa á SS. MM. en la Academia de Artillería de Segovia, población que visitaron en la mañana del día 2 de los corrientes. Allí fueron recibidos por los jefes y oficiales de la Academia y por el gobernador civil. Los reyes recorrieron detenidamente las distintas dependencias de aquel centro docente militar, quedando muy complacidos de su visita. — S.

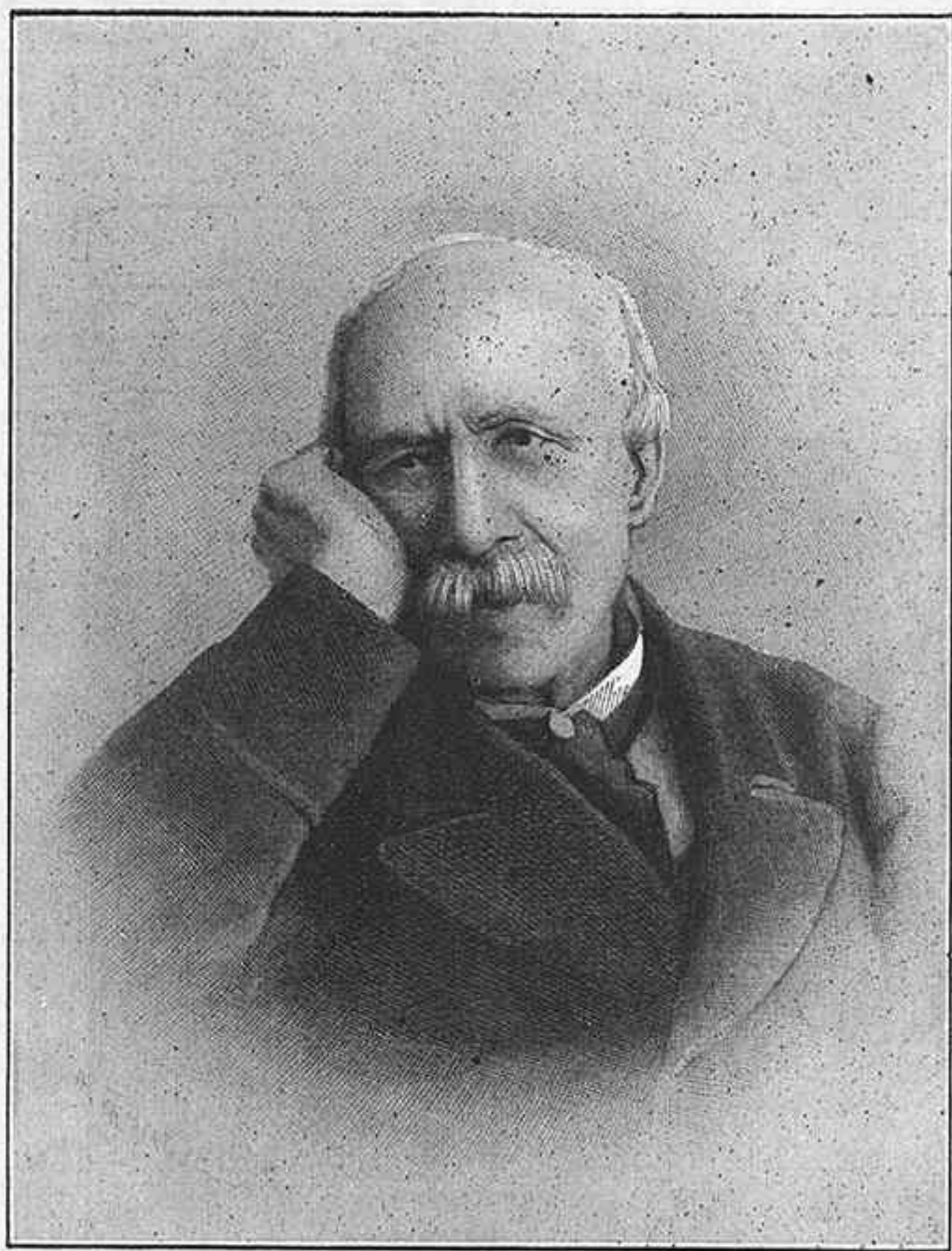
LA VIRGEN DE LOS ARBOLITOS,

CUADRO DE JUAN BELLINI

(Véase el grabado de la pág. 441)

Este cuadro es una de las obras más notables del famoso artista de la escuela veneciana del siglo XV, Juan Bellini, el maestro de Giorgione y de Tiziano. En 1838, el patricio Jerónimo Contarini lo donó, junto con otros hermosos lienzos, á la ciudad de Venecia con la obligación de que se conservara perpetuamente en la galería de aquella Academia de Bellas Artes. Allí está todavía siendo objeto de la admiración de cuantos lo contemplan, que se extasían, más que ante la delicadeza y los primores de ejecución, ante el sentimiento dulcísimo, la espiritualidad cristiana de la Virgen y de su Divino Hijo.

Recientemente fué objeto de una inteligente restauración que puso nuevamente al descubierto la excepcional belleza de su colorido, empañado y amenazado de muerte á consecuencia de varias capas de barniz que restauradores sin conciencia habían extendido sobre el célebre lienzo en distintas ocasiones.



MANUEL GARCÍA, célebre laringólogo español fallecido en Londres el día 2 de los corrientes. (De fotografía.)

MANUEL GARCÍA

Con ocasión de celebrarse en Londres hace poco más de un año, el centenario de Manuel García, publicamos en el número 1212 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA una extensa biografía del famoso laringólogo español.

No hemos, pues, de repetir todo lo que tan recientemente dijimos, y al dar hoy cuenta de su muerte sólo consignaremos los datos más importantes de su vida.

Nació en Madrid en 17 de marzo de 1805, fué discípulo de su padre, notable cantante y compositor, y con él recorrió Europa y América, estableciéndose al fin en París, en cuyo Conservatorio de Música entró como profesor en 1855. Pocos años después trasladóse á Londres, en donde ha residido hasta su muerte.

Como profesor de canto su fama fué universal; pero lo que le ha dado mayor celebridad ha sido la invención del laringoscopia, cuya descripción presentó en la Sociedad Real de Londres en 1855 y que causó una verdadera revolución en el estudio de muchas cuestiones de patología de la garganta, de la laringe y de la tráquea.

El homenaje que en marzo de 1905 se tributó á Manuel García fué una demostración evidente del respeto y de la admiración que al ilustre sabio profesaba el mundo entero.

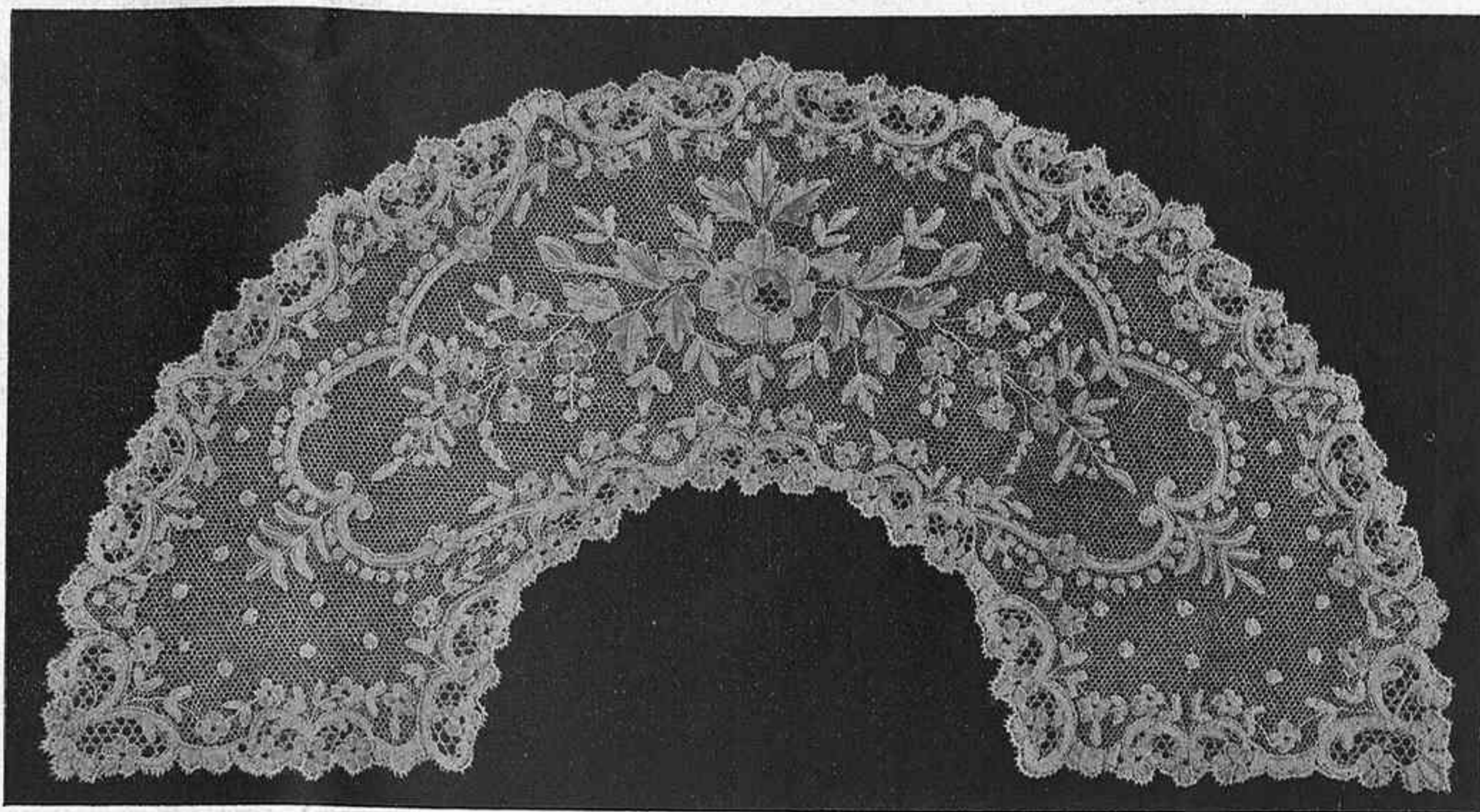
¡Descanse en paz!

ENCAJE PARA ABANICO

EJECUTADO POR D.^a TERESA CATÁ, VIUDA DE MARPONS

En Arenys de Munt, pintoresca población de la costa levantina catalana, celébrase actualmente una interesante expo-

sición de encajes, á la que han acudido con hermosos trabajos, no sólo las encajeras de aquella comarca, tan famosa en esa clase de labores, sino también de otros puntos de Cataluña y aun algunas de fuera de España. Entre las obras allí expuestas llama de un modo especial la atención el encaje para abanico ejecutado por D.^a Teresa Catá, viuda de Marpons, que adjunto reproducimos. Obra de mucho mérito, no se necesita ser muy inteligente en la materia para apreciarla en lo mucho que vale, pues la elegancia de su dibujo y la delicadeza y la pulcritud de su ejecución son cualidades que desde luego se imponen á los más profanos.



Encaje para abanico ejecutado por D.^a TERESA CATÁ, VIUDA DE MARPONS, y que figura en la exposición de encajes que actualmente se celebra en Arenys de Munt. (De fotografía.)

PARÍS. GARDEN-PARTY CELEBRADA EN EL ELÍSEO EN HONOR DEL REY SISOWATH DE CAMBOYA

(Véanse los grabados de la página 448)

El presidente de la República francesa obsequió el día 1.^o de este mes al rey Sisowath con una *garden-party* en los magníficos jardines del palacio del Elíseo. El monarca camboyano, que asistió acompañado de los príncipes y de los ministros de su séquito, vestía el traje de gran gala: *shampott* de color violeta con bordados de oro y plata, amplia túnica con deslumbradores recamados y sujeta por broches de brillantes, esmeraldas y rubíes, y un sombrero de fieltro de alta copa y anchas alas, rodeado de un aro de oro y terminado en una pirámide también de oro bellamente cincelada.

En el centro de un césped habíase levantado un inmenso estrado cubierto de alfombras; en el extremo derecho de éste, sentados en un banco, estaban los primeros actores; en el extremo izquierdo, los músicos de la orquesta camboyana, y enfrente del sitio presidencial el coro de mujeres que con sus cantos acompañaban la pantomima.

Alrededor de ese escenario hallábanse los invitados á la fiesta, cuyo número pasaba de cinco mil, ocupando los puestos preferentes el rey Sisowath y M. y Mme. Faillieres.

Después de una melopea en que alternaron la orquesta y el coro, presentáronse las bailarinas camboyanas vestidas con traje de punto de seda, *shampott*, túnica de tisú de oro y de plata y encima de ésta una especie de rica casulla bordada en oro y sembrada de piedras preciosas. Cubrían sus cabezas ricos cascos de oro, finamente cincelados y terminados en una especie de tiara más ó menos alta, según la importancia del personaje representado.

Todos los papeles de las pantomimas camboyanas son representados por mujeres; pero para distinguir los personajes masculinos de los femeninos, vestidos todos casi de idéntica manera, las que han de hacer papeles de hombre se cubren el rostro con una fea máscara.

Las bailarinas ejecutaron con mucha gracia la pantomima *Prea-Samut*, en la que se describen los amores del príncipe de este nombre con la princesa Butsualy, hija del rey de los gigantes Virulachak. Antes de la pantomima bailaron una danza de introducción y salutación y un baile de los abanicos, en el que las bailarinas desplegaron tanta gracia y una elegancia tal de actitudes que les valieron grandes ovaciones.

La fiesta resultó sumamente agradable y en extremo pintoresca.

LAS MATANZAS DE JUDÍOS EN BIELOSTOCK

(Véanse los grabados de la página 449)

La ciudad de Bielostock ha sido recientemente teatro de sucesos sangrientos que han venido á añadir una nueva página trágica á las que, de algún tiempo á esta parte, constituyen la historia de Rusia. Según la primera versión oficial, durante el paso de una procesión católica que se celebraba en aquella ciudad el día 15 de junio último, de varias casas habitadas por judíos se hicieron multitud de disparos que ocasionaron numerosas víctimas entre los que asistían á la ceremonia religiosa y la muchedumbre que la presenciaba; los católicos, indignados, asaltaron aquellas viviendas y asesinaron á muchos de sus moradores. La intervención de las tropas, sigue diciendo la versión oficial, permitió reducir á proporciones insignificantes aquel motín, que al día siguiente se reprodujo.

Las noticias extraoficiales, que parecen ser las que relatan la verdad de los hechos, contradicen en absoluto aquella versión, y según ellas, las matanzas y los saqueos de Bielostock no fueron consecuencia de una agresión iniciada por los judíos, sino más bien una explosión premeditada y preparada del fu-

ror antisemita, que se realizó con la complicidad directa ó indirecta de la policía.

La discusión planteada en la Duma y la información por iniciativa de ésta practicada parecen corroborar en absoluto esta última explicación.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que las matanzas han durado varios días; que los antisemitas han asesinado casi á mansalva á los judíos; que éstos, exasperados, han contestado como han podido á las criminales agresiones y atentados de que ellos y sus bienes eran objeto, y que el número de muertos y heridos, judíos en su casi totalidad, ha pasado de 600.

Apaciguados al fin los ánimos en Bielostock, no por esto se ha calmado la agitación antisemita en el gobierno de Grodno, al que aquélla pertenece, sino que, por el contrario, ha originado graves disturbios en otras poblaciones.

Bellas Artes.—BARCELONA.—*Salón París.*—Pedro Inglada ha expuesto una colección de notas y apuntes, en su mayoría reproducción de tipos y escenas de la vida parisiense, en todos los cuales se advierte un gran espíritu de observación, una laudable sinceridad al trasladar al papel las impresiones recibidas y un especial cuidado en huir de cuanto pudiera resultar artificioso ó efectista, cualidades que revelan en Inglada un verdadero temperamento de artista y no comunes dotes de dibujante.

Han llamado mucho y con justicia la atención en el propio Salón París las pequeñas esculturas humorísticas de Smith, obras llenas de intención, de gracia y de movimiento y ejecutadas con admirable soltura.

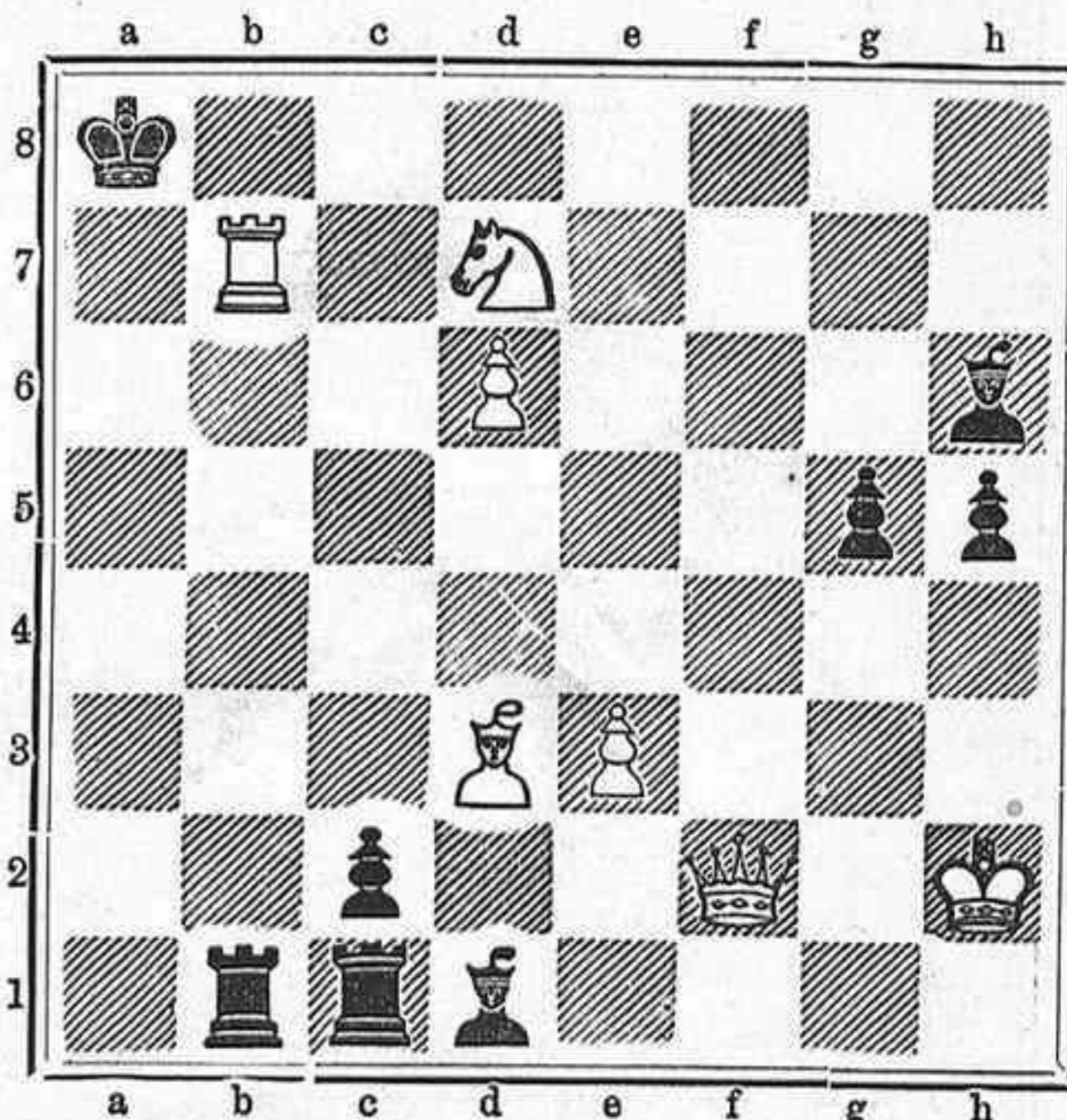
Necrología.—Ha fallecido:

D. José Menéndez Agustí, notable novelista y colaborador antiguo de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en donde se han publicado muchos de sus hermosos cuentos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 431, POR V. MARÍN.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 430, POR V. MARÍN.

- Blancas. 1. Tg6-g3
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. T ó D mate.

MÉLI-MÉLO NOUVEAU PARFUM
créé par VIOLET, 29, Bd ITALIENS, Paris.



Eran Clara y José. Los dos hermanos de leche se habían encontrado y no habían cambiado ni una palabra

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—Sí, en otro tiempo cazábamos juntos, siguió diciendo Garnache, comíamos en el campo y cada cual bebía en su botella, al aire libre, sin etiquetas y sin orgullo. Todo aquello se acabó... Y el amo que viene será más duro todavía y más señor en sus tierras... Jacobo... Ese tiene una piedra en el pecho, y esta es una razón para que José haya tomado otro camino. No sería cómodo ser guarda del tal Jacobo.

Grivoize el menor escuchaba en silencio, pero sonreía para sus adentros. Cuando Regino acabó de hablar, movió la cabeza y dijo, poniendo las manazas en la mesa:

—Oye, amigo, no debemos arreglar el porvenir á nuestro gusto, porque nos exponemos á equivocarnos... Todos tus condes y vizcondes flaquean por la base y nadie sabe dónde estarán mañana. Eres un amigo de veras y se te pueden decir cosas... Pues bien, todo eso no son más que farándulas y embusterrías... y la cosa no se tiene en pie. Los castillos serán comidos por las granjas, soy yo quien te lo dice. Tu vizconde Jacobo no tendrá cazas, ni bosques, ni siquiera un conejo... Todo eso está podrido y se cae por sí solo... Amigo, se sabe lo que se sabe; pero, á fe de camarada, toma tus precauciones, y sobre todo, no hagas planes sobre Valroy, porque tanto valdría apuntar á la luna. Dentro de un año habrá por aquí novedades; si hemos trabajado toda la vida, sudado y echado sangre, no ha sido para nada. Piscop, mi hermano y yo tenemos las manos largas, tú verás. Y ahora, queda convenido que morirás guarda en el pabellón, si se te antoja, y que podrás—yo te invito—cazar otra vez con tu amo, que será tu amigo, y comer y beber al aire libre, á no ser que prefieras tu mesa, pues ese amo será yo, compañero, yo mismo. Cuando venga el reparto se me adjudicarán los bosques de Valroy; son mi lote.

Garnache le escuchaba aturdido, sin pensar en decir palabra. Pero cuando el otro vaciaba el cuarto vaso, le interrógó sin embargo:

—Vamos á ver, compañero, yo sé bien que no te burlarías de un antiguo amigo, pero no comprendo.

¿Qué estás ahí diciendo? El conde Juan arruinado..., la propiedad repartida..., Valroy en venta...

—Tú lo has dicho; y después de Valroy vendrá Reteuil muy de cerca, te lo juro. En dos palabras, el conde Juan, arruinado, ha empeñado sus bienes, nosotros hemos comprado sus créditos y está en nuestras manos. Dentro de ocho meses tendrá que pagar ó de lo contrario, granjas, tierras y castillos serán embargados á nuestro provecho, como puedes comprender. Y ahora, guarda todo esto para ti. Te pido el secreto por ocho meses todavía... Después reventará el petardo. Me he escurrido y te lo he dicho todo, pero no lo siento porque estoy seguro de tu silencio y de tu discreción.

Garnache le dió la mano.

—Puedes estar tranquilo; no diré palabra á nadie... Pero todo esto es muy raro... Berta es capaz de morirse...

Grivoize, entonces, mirándole con el rabillo del ojo, gruñó:

—Berta, Berta... Cuando era joven y guapa valía la pena, y se sabe..., en fin, basta. Ahora que es vieja y fea, si canta, que cante..., no te preocupes. Y bien, mi guarda, á tu salud.

Brindaron, y Garnache, aturdido, no encontraba las palabras, pues además aquel vinillo blanco era un poco traidor.

Los dos se levantaron algo chispas y se separaron en el umbral de la posada con un apretón de manos. Grivoize volvió á decir:

—Ni una palabra á nadie, sobre todo á tu mujer.

—Está jurado; duerme tranquilo. Hasta la vista, amo.

Y los dos hombres siguieron su camino volviéndose la espalda.

En el curso de su ronda, el pobre guarda, conmovido en sus más antiguas certezas, no conseguía sacudir el estupor en que le habían sumido las confidencias de Grivoize.

¡Cómo! ¿No había ya nada sólido ni estable en el mundo? Aquellos Valroy, á quienes sus padres habían

seguido, de generación en generación, iban á ser arrojados de sus muros y del país como pordioseros sin asilo... ¿Dónde íbamos á parar?

Y aquel Grivoize, cómo se le iba la lengua y qué tupé tenía...

Los pequeños se comen á los grandes, entonces, y no parece que eso les atasca... Sí, diga lo que quiera el camarada y sea el que quiera el porvenir que presenta, José había hecho bien de no querer ser guarda como su padre. Los Grivoize y hasta Piscop podían aún pasar; se conocían y podrían entenderse. Pero todos ellos tenían también hijos que no valían más que el vizconde y con menos urbanidad acaso. La vida no hubiera sido cómoda con aquella simiente.

En fin, él mismo no estaba amenazado; tenía tiempo de ver venir los sucesos. A los cincuenta años se retiraría; tenía algún dinero ahorrado para el caso probable de que le faltara la pensión. Además, José recogería á sus padres y á Sofía, aunque, á la verdad, eran mucha gente.

¡Bah! El no sería manco en aquella época, y sabría bien hacerse útil y ganar el pan...

¡Pero cuántos sucesos para ponerlo todo patas arriba! Garnache se proponía pensar en ello el día siguiente, con la cabeza fresca; pues reconocía con vergüenza que siempre que encontraba á aquel maldito Grivoize bebía un poco más de lo razonable. Era posible que, una vez disipado el vinillo blanco, se le ocurriese alguna medida para poner á salvo sus intereses.

Y se metía entre los árboles para ocultarse, pues el pobre hombre, que era sincero, comprendía que no andaba derecho por los paseos y prefería no ser visto en semejante estado.

Pero mientras se metía en lo más intrincado de la selva, no podía menos de dar vueltas en la cabeza á todas aquellas novedades, y parándose de repente, exclamaba:

—¡Demonio, demonio!..

Por fin, dominado por la emoción, el cansancio, el calor y el vino, se echó á la sombra y se durmió.

Al día siguiente hubo en la granja una violenta consecuencia de todos estos incidentes. Por la mañana muy temprano, Arabela de Carmesy se presentó inopinadamente en los patios.

Como no era esperada, los sorprendió á todos en traje descuidado y entregados á las ocupaciones más humildes. El feroz Gervasio estaba almohazando su caballo, cuidado que no confiaba á nadie y que él desempeñaba concienzudamente. Sus hermanos, sus tíos y su padre no estaban entregados á trabajos más nobles; los unos descargaban carretas de hierba; los otros llenaban cubos de agua para las cuadras y los establos.

Amos y criados, estrechamente unidos, trabajaban juntos y del mismo modo. Las mujeres circulaban muy lentamente, pero también ocupadas y dirigidas hacia un mismo fin y por una misma causa.

Arabela, la divina, entró con las cejas fruncidas y con la cara de los malos días. Hilario exclamó al verla: «¡Firmes!» y presentó armas con la escoba que tenía en la mano.

Le encantaba pensar que su primo Gervasio había sido sorprendido en flagrante delito de falta de nobleza.

Pero Arabela no se dignó reparar en las maneras de aquel mono, y se fué derecha al hijo de Piscop, el cual, al verla venir, soltó su almohaza y contempló lastimosamente la heroica sencillez de su traje. Hubiera dado un mundo por encontrarse vestido, por arte de encantamiento, con su terno de paño, sus polainas y látigo en mano, pues necesitaba todavía pedir el aplomo á la decoración y á los accesorios. Vestido de lienzo, volvía pronto á caer en la rusticidad.

La saludó, sin embargo, con toda su gracia, pero ella hizo un ademán enérgico con la mano, como si rehusase aquella atención, y en el silencio atento y curioso de los otros, le interpeló en seguida:

—Gervasio Piscop, cuando usted y los suyos me encuentren en un camino, les ruego que me saluden, á mí y al que me acompañe, sea quien sea, de otro modo que con la punta de los látigos, es decir, quitándose el sombrero mientras paso y hasta después que haya pasado. Tomen ustedes nota, ó de otro modo, renuncien á sus sueños... Tendría que estar loca una mujer para confiar sus destinos á semejantes salvajes. He dicho; no necesito respuesta. Buenos días.

Volvió la espalda y se fué como había venido. Gervasio, confuso y con la vista en el suelo, daba vueltas á la gorra entre los dedos, y estorbado por su traje de cuadra—lo que son las cosas—no encontró nada que responder.

Sus hermanos y sus primos, aunque la lección se dirigía también á ellos, se divertían con su confusión. Pero Piscop padre y los dos Grivoize preguntaban la causa primera de aquel enfado y exigían explicaciones y detalles.

Gervasio, para colmo de contrariedad, tuvo que sufrir el regaño de su padre y la desaprobación violenta de sus tíos. Piscop gritó muy fuerte:

—Tiene razón la señorita... ¡Cómo! Los cinco... Sí, sí, ya comprendo, es á causa del vizconde... Pues bien, ha sido grosero, estúpido y torpe. Os he dicho mil veces que era preciso no inspirar desconfianza á esa gente, sino dejarlos dormir en su seguridad, aunque haga falta para ello soportar sus insolencias. ¿Y sois vosotros los que los buscáis, los desafiáis y los provocáis? Sois unos imbéciles, y tú, Gervasio, más que ninguno por que eres el más interesado. Si os importa mi opinión, ya la tenéis.

Los cinco mozos bajaron la cabeza. Anselmo, sin embargo, dió un codazo á su hermano mayor y le dijo:

—Es la ley del embudo, á ti la parte estrecha.

Y se apartó para evitar una respuesta sin frases.

Bella estaba ya lejos y se iba apaciblemente por los campos, satisfecha en su orgullo de mujer y en su altivez de raza.

Extraña muchacha; con Jacobo defendía á los Piscop, y con éstos se erguía con la cabeza alta y exigía el respeto legítimo y el homenaje debido al vizconde.

Pero su alma, su alma..., ¿de qué color era su alma?

En el mismo día y pocas horas después, se trató el mismo asunto entre el conde Juan y su hijo Jacobo. Este último contó con indignación la imprudencia de aquella gente de baja estofa, abundó en recriminaciones y pintó la escena con grandes ademanes y voces descompasadas.

Su padre, al escucharle, movió la cabeza sin convicción y murmuró en tono de duda:

—¡Gente de baja estofa!..

El joven se calló de pronto muy asombrado.

—¿Tú también?..

—¿Qué, yo también?

—Sí, como Bella... ¿Vas á defenderlos y á abogar por ellos?

El conde, con voz grave, respondió sencillamente,

mientras sus ojos claros se cubrían con un velo de tristeza:

—No defendiendo ni abogo, pero escucha bien, tienes el defecto de tu edad, que es juzgar demasiado de prisa. Esa gente es más digna de consideración de lo que tú piensas. Mientras que tú te convertías de niño en hombre, ellos, de campesinos, llegaban á burgueses; y son ricos, ¿comprendes? Sabes, sin embargo, lo que es el dinero y no ignoras ese valor. Son ricos, poderosa y pesadamente ricos; si quieres darme gusto, déjalos tal como son, evita los choques y sigue tu camino... Tenemos en muchos puntos intereses comunes, y si no estuviéramos de acuerdo, podrían venir pleitos muy desagradables.

—Entonces, dijo Jacobo contrariado, son ellos los dueños del país...

El conde Juan vaciló un segundo y murmuró:

—Puede ser... Seguramente más que nosotros...

Después, viendo el estupor de su hijo, añadió muy de prisa:

—Jacobo, dejemos esto; un día, cuando sea oportuno, hablaremos de ello seriamente. Ya no eres un niño y pronto habré de darte cuentas. De aquí á entonces, como tu madre, conténtate con tener confianza en mí y déjame hacer. A Dios gracias, nada está verdaderamente comprometido..., pero no te metas con Piscop ni con Grivoize. Acuérdate de América y de los americanos y procura ser menos sangre azul de Francia... ó de Irlanda.

El conde se marchó dejando á Jacobo con la cabeza baja. Aquello era nuevo. El joven miró á su alrededor, y de repente, por una inducción profética y una advertencia del misterio, la decoración se ensombreció á sus ojos y se desnaturalizó. Aquellos bosques, aquellos campos, aquellas llanuras que creía suyas, le aparecieron de repente con aspectos extraños, distintos, alejados y casi hostiles. Apoderóse de él un secreto terror al pensar que un día, mañana acaso, podía ser desposeído, dejado solo y abandonado á sí mismo. Le pareció que allá, á lo lejos, por el camino, huía una mujer sin mirar hacia atrás... Y en aquella visión reconoció á Bella.

III

Aquel fué un trueno en pleno cielo azul.

Una mañana corrió la noticia por la aldea de que el castillo y sus dependencias estaban á la venta. Todos se precipitaron.

Era verdad.

En la verja del parque y en los muros había pegados unos cartelones amarillos.

Un mes antes, Piscop, Grivoize y Compañía habían exigido al conde Juan el capital é intereses de sus hipotecas ó el embargo de los bienes.

Aplastado y aniquilado, el conde recordó las antiguas promesas y se le rieron en las barbas. Las palabras y los escritos son dos cosas distintas; lo que estaba firmado, estaba firmado.

El conde buscó á Carmesy.

El marqués se había ido á Londres hacía tres días para sus negocios; Adelaida no sabía nada, y Arabela abrió unos ojos enormes.

La ejecución fué rápida y completa. El papel sellado llovía sin cesar; cuando salía un alguacil, entraba otro. El conde perdió la cabeza, y Jacobo, ignorante de todo procedimiento, trató de comprender sin conseguirlo.

La condesa Antonieta, forzosamente advertida del drama, no hizo ni un reproche; pero aquella misma tarde recurrió á su antigua consoladora, la morfina, dispensadora de olvido, y volvió á sumirse con delicia y sin vacilar en los vapores de éter.

La señora de Reteuil la tomó de muy alto y gritaba:

—Pagaremos; vamos á pagar...

En la comarca no se sabía ya qué creer, y fuera de algunos iniciados, como Garnache y el tío Balvet, todos estaban confundidos.

Berta aullaba enseñando los puños á la granja; para ella, estaban robando y despojando á Jacobo. La campesina se llenaba de un inmenso terror al pensar que aquel á quien ella había hecho rico, iba, acaso, á quedarse pobre; y que el sacrificio de su carne y de su corazón, así como todas sus renunciaciones y sus abnegaciones, iban, por un soplo de la suerte, á volverse contra ella y contra él...

A ese terror se unía una cólera tan intensa como loca; no quería que aquello sucediese así y prodigaba las amenazas á los cuatro lados del horizonte.

El horticultor, su hija, Regino y José se esforzaban en vano por calmarla y hacerle entrar en razón; pero perdían el tiempo, pues ella no quería oír nada. Había carteles en el castillo; iban á venderlo, y era de Jacobo...

—Es posible, decía Balvet, pero le queda Reteuil.

—Evidentemente, añadía Garnache sin convicción,

pues recordaba que todo lo que le había dicho Grivoize el menor se había realizado, y éste afirmaba que después de Valroy no tardaría en seguir Reteuil en el desfile de los bienes perdidos.

Pero Berta, con los puños en las caderas, los insultaba por atreverse á hablar así.

—Reteuil... Eso no basta... Entonces no será ya dueño del país ni podrá andar todo un día en línea recta sin salir de sus tierras... Habrá extraños en Valroy, donde ha nacido, en su cuarto... Y qué extraños, si es verdad lo que se dice; esos boyeros, esos tratantes en cerdos, esos Grivoize y esos Piscop... No habría Dios si el cielo alumbrase tal cosa...

—También tiene un poco de culpa el conde Juan, se aventuró á decir el razonable José.

Berta le miró á los ojos y exclamó con una loca ironía que podía perderla:

—¿Eres tú el que dice eso?... ¡Qué bien te está!..

Pero se corrigió, más prudente:

—¿Qué sabes tú? Tú no conoces esos negocios y lo mejor que puedes hacer es callarte.

José no insistió, siempre indulgente con ella. Clara, aterrorizada, no decía palabra. Sofía pensaba en cosas lejanas; y solamente el tío Balvet se arriesgó á seguir hablando, autorizado por su mucha edad.

—Vamos á ver, Berta, eso es tomarse mucho disgusto por gente muy lejana. ¿Tanto la quiere á usted el castillo para que tome su defensa de ese modo?.. Sus antiguos amos y hasta su mismo hijo de leche no la conocen ya y pasan á su lado sin decirle jamás buenos días... ¿En qué piensa usted entonces?

Al hablarla así la exasperaban; pero ella no podía demostrarlo. Muy tiesa y con la vista en el suelo repetía sordamente:

—Se lo debo todo...

Al evocar el pasado, aludía á su infancia, sin duda. Garnache, que se expresaba ya libremente delante de esta gruesa y fea comadre, la interrumpió con mal humor:

—Puedes hablar de eso... Con lo feliz que eras al lado de la condesa cuando era soltera... Te daban de comer y te vestían, pero era con los restos y los deshechos de tus amos... Más vale ahora, créeme.

Pero Berta no le escuchaba, absorbida por el único pensamiento importante, que era el desastre, no pudiendo acostumbrarse á la perspectiva del vizconde de Valroy fuera de Valroy, de Jacobo echado de su casa... Y después, ¿quién sabía si, tras de tales vergüenzas, la familia dejaría el país? Entonces no le vería más, ni aun de lejos, y sería el fin, el golpe de gracia.

Y presa de una suprema rebelión, levantó los puños, balbuceó unas sílabas inarticuladas con los labios llenos de espuma y se desplomó en una cama, con las facciones torcidas y los ojos convulsos. En todas aquellas caras de campesinos se pintaba un indecible asombro y un tremendo espanto. Para todos ellos, aquella criatura estaba endemoniada.

El drama, por otra parte, aumentaba por todos lados.

Cuando Juan, desengañado y desesperado, comprendió ya tarde que le habían burlado como á un niño, convocó en el castillo á sus tres acreedores, en otro tiempo amables y cautelosos y hoy arrogantes é implacables. Solamente los dos Grivoize acudieron á la cita. Piscop se abstuvo.

Los dos hermanos achacaron al ausente todas las responsabilidades. Todo era Piscop, siempre Piscop.

Ahora bien: éste, como un ídolo chino en el misterio de las silenciosas pagodas, hacía consistir su poder en la invisibilidad.

Se le podía cargar con todo; tenía buena espalda y no estaba allí, para que no se le interpelase directamente. Los otros se aprovechaban de ello.

Por fin, el conde Juan, renunciando á toda dignidad, resolvió ir él mismo á la granja y sorprender en su guarida á aquel enemigo tan determinado como incoercible.

Y así lo hizo.

La cena de los labradores acababa á eso de las ocho y media. Una noche, á esa hora, cuando todo el mundo estaba todavía á la mesa, el conde de Valroy, con estupefacción general, empujó la puerta y entró.

Al principio no le conocieron en la penumbra; habían oído el ruido de un caballo que entraba al trote largo en los patios; pero aquel noble señor era el último á quien se podía esperar en tales lugares. Juan se anunció á sí mismo con voz breve:

—El conde de Valroy.

Hubo una conmoción en la asistencia; algunos cuerpos se levantaron de bancos y sillas. El conde añadió:

—Seguid sentados.

Mandaba todavía á pesar suyo; pero las circunstancias le inducían á la cólera y las inflexiones de su

voz tradujeron ese sentimiento. Después de un instante de silencio, continuó:

—Piscop, tengo que hablar con usted, quiero hablarle..., hace un mes que usted me rehuye. No se digna usted responder á mi llamamiento..., pues bien, vengo yo mismo..., sus cuñados me dicen que es usted el que lo dirige todo y quiere mi ruina. Va usted á decirme por qué. Esta vez le tengo y no se me escapará.

Piscop, sintiéndose observado por toda la familia, se afirmó en su papel, aunque un poco de emoción hiciese temblar sus primeras palabras:

—Señor conde, no trato de escaparme y estoy á su disposición. Después de todo, vale más que se digan estas cosas de una vez para siempre.

Se volvió hacia el extremo de la mesa y dijo:

—¡Eh! Las mujeres, los chicos y los mozos, fuera. Vosotros, mis hermanos, mis hijos y mis sobrinos, quedaos..., estáis interesados y sois del consejo.

El labrador se tomaba tiempo para reflexionar y calcular lo que iba á decir.

Cuando, con gran ruido de zuecos, la sala quedó vacía de faldas, criados y chiquillería, Piscop se levantó, cogió en un aparador una botella de aguardiente, puso nueve vasos delante de las nueve personas presentes y los llenó con lentitud. Juan rechazó su vaso.

—No, yo no bebo...

—Pero, señor conde, es del bueno, del añejo...

—Bueno, añejo, me es indiferente... No he venido á buscar urbanidades, sino explicaciones.

—Puede que haga usted mal, señor conde; á veces las explicaciones se modifican después de beber un trago juntos; pero, en fin, sea como usted quiera.

El campesino levantó el vaso á la altura de la vista, le miró, saludó con un gesto y se lo bebió de un trago. Los demás le imitaron puntualmente.

Ninguno decía palabra. Tiesos en sus sillas, dejaban hablar á aquel á quien aceptaban como amo. Gervasio, sin embargo, rojo como una escarlata, se comía los labios y se desgarraba con las uñas las palmas de las manos.

Juan de Valroy, sentado en un sillón de madera, esperaba que el labrador hablase.

Este cruzó los brazos sobre la mesa y con la cabeza baja abordó el asunto.

—Señor conde, parece que se queja usted muy alto de haber sido engañado, y hasta robado, por nosotros en las operaciones realizadas hace cinco años. ¿Puede usted decirnos cómo?

Juan se irritó en seguida.

—¿De modo que es usted quién interroga?... Palabra de honor, es el mundo al revés... No parece sino que constituís los ocho una especie de tribunal ante el cual no tengo yo más que inclinarme. Nada de eso, Piscop y todos vosotros, sabed que vengo á acusaros y convencerlos; falta saber si estáis bastante endurecidos en el crimen para perseverar en él ó si la voz de la justicia y de la razón puede todavía traerlos á caminos más rectos y á soluciones mejores...

—Ande usted, señor conde, dijo Piscop recostándose en su silla con los brazos todavía cruzados.

Después, cerrando los ojos, añadió:

—Acúsenos usted y convénzanos; le escuchamos.

El conde se levantó no pudiendo estarse quieto, é inclinado sobre la mesa, vagamente iluminada por dos lámparas de estilo antiguo, empezó:

—Hace cinco años, cuando os substituísteis á mis diversos acreedores y os consentí hipotecas sobre mis edificios, mis bosques y otras garantías además, se convino en que después de estos cinco años el contrato sería renovado por sí mismo y que nuestros convenios volverían á tomar fuerza y derecho para otro plazo de igual duración...

Piscop le interrumpió:

—¿Tiene usted un papel y firmas que establezcan lo que afirma?

—No, dijo el conde, tengo su palabra de usted y la de Carmesy.

Piscop movió la cabeza.

—No veo qué tiene que ver Carmesy con todo esto; nunca ha sido portador ó concesionario de ninguno de sus créditos de usted. Era un amigo que le aconsejaba...

Al decir esto no pudo menos de sonreír y miró de reojo á sus hermanos.

—En cuanto á nuestra palabra no recuerdo haberla dado... ¿Os acordáis vosotros?

Los dos Grivoize negaron todo recuerdo con un enérgico movimiento de cabeza. El conde murmuró entre dientes:

—¡Canallas!

Ninguno quiso oír, pero Gervasio se puso lívido.

Piscop, muy tranquilo, siguió diciendo:

—Ya ve usted, señor conde, que se puede tener educación é instrucción y ser de gran familia, é igno-

rar los negocios. Usted lo prueba una vez más. No hay más promesas ó palabras válidas que las palabras y las promesas escritas. Las otras serían demasiado discutibles para darles fe. Es muy posible que uno de nosotros, un día cualquiera, en el aire y respondiendo á una petición entre otras mil, le haya prometido á usted, en efecto, una renovación; pero si lo ha hecho, no ha podido hacerlo seriamente y usted lo sabía bien, pues no tenía autoridad para comprometer al grupo; solamente nuestros compromisos firmados y colectivos podían asegurar á usted la ejecución de un verdadero contrato...

Juan miraba á aquel hombre mientras hablaba.

Su cara, que parecía tallada en dura madera, se iluminaba de contento al ver delante de él á aquel noble señor del país, humillado de tal modo y vacilando entre un movimiento de cólera y una petición de gracia.

Fué aquella una dura lección para el pobre conde; para los demás fué un nuevo desquite de un pasado de diez siglos; todos gozaron de ella en silencio, astuta y maliciosamente.

Piscop continuó:

—Si fuera usted justo, ya que habla de justicia, y razonable, ya que habla de razón, recordaría cuál era su situación hace cinco años, cuando nos substituímos á sus primeros acreedores. Aquellos eran usureros, judíos y árabes, que le habían trasquilado hasta el pellejo; en aquella época pagaba usted, sin pestañear ni gritar, intereses de treinta y cuarenta por ciento. Con nosotros no ha habido nada de eso; hemos venido, le hemos ofrecido cinco años de plazo para rehacerse, para prevenir y remediar el mal, y cinco años son tiempo... Si no sale uno de apuros en cinco años, no sale nunca... ¿Qué hemos pedido en cambio? Seis por ciento, nada más, con una pequeña comisión para los intermediarios. ¿Somos unos ogros?

La pregunta quedó sin respuesta; y el labrador siguió diciendo lentamente:

—Durante cinco años, ha dormido usted á pierna suelta, ha vivido usted bien, dado fiestas, gozado del presente y olvidado el porvenir, es decir, el vencimiento. ¿Debíamos nosotros ir á su casa, á turbar la fiesta, para advertirle que los días se iban y con ellos los meses y los años?... ¿Cómo nos hubiera usted recibido?... Y pasados los cinco años, se despierta usted y grita: «¡Fuego!» No comprendo; no comprendemos.

El conde escuchaba impasible y con los brazos cruzados. Por un momento estaba reconquistado y se esforzaba por estar tranquilo. Con voz reposada, replicó:

—Habla usted como un libro; son ustedes unos santos; pero lo que los pierde es el orgullo. Tienen la pretensión de burlarse del mundo, y olvidan que todo el mundo tiene más talento que ustedes. A pesar de sus órdenes de bolsa y de sus operaciones de banca, siguen ustedes siendo genticilla de cerebro obscuro, de espinaza encorvada y de mirada vizca por herencia. Sus abuelos han arañado demasiado la tierra, temiendo recibir golpes, y á ustedes les queda algo. Esto en cuanto á su moralidad, y para probarles que no me engañan sus hermosas frases y que si quieren burlarse de mí, después de quedarse con mis bienes, la cosa no es posible... Llegan ustedes cien años tarde; el Terror ha pasado...

Al oír aquellas impertinencias dichas sin prisa, la cuadrilla de los harapientos agrupada en torno de la mesa se estremeció primero; después se produjo un sordo rumor, y por fin estalló un clamor de odio en la sala baja y ahumada.

Todos se pusieron en pie gesticulando; Gervasio aullaba:

—Basta, basta; está usted aquí en nuestra casa... ¡Cuidado!

Se adelantó amenazador, pero Piscop le cogió por un brazo y le obligó á volver á la sombra. Grivoize el mayor, rodeado de sus hijos, vociferaba amenazas:

—¡Enhorabuena! Mejor es así... Si había algún escrupulo, ya no le hay... Le estrangularemos á usted como á un conejo, sí, como á un conejo.

Grivoize el menor é Hilario también rabiaban.

—¿Le oís? No se anda con rodeos; somos unos harapientos, unos destripaterones, unos descamisados... ¡Y quiere que le tengamos consideraciones!.

Pero Juan de Valroy, dominando el tumulto, siguió diciendo:

—Ladrad, pero no morderéis... ¿Queréis la guerra? La tendréis; vuestras transacciones no pueden ser honradas y hay tribunales en Francia. Ya veremos. Os creéis muy fuertes, como todos los brutos, pero entre un procurador y un juez, cambiaréis de color y de tono.

Todos se quedaron callados.

Aquellos campesinos, á pesar de su confianza en su causa y de su certeza de tener el derecho de su

parte, estaban confusos. No les gustaba aquella especie de evocaciones, pues conservaban todavía, por atavismo, miedo á una justicia poco clemente con los pobres.

Por fin Piscop, mirando al suelo, dijo con indiferencia:

—Como usted quiera...

Pero Gervasio avanzó de nuevo y habló; su padre, cansado de ser prudente, le dejó hacer.

—Señor conde, tiene usted razón, somos unos brutos y gente de poco más ó menos; pero entonces, ¿por qué está usted aquí? No se va á implorar piedad y á mendigar tiempo, que es dinero, á casa de los brutos cuando se es como usted un magnífico señor cuyos abuelos zurraban á los nuestros... Por esto está usted perdido y todos los discursos son inútiles. Cuando un villano tiene en la mano la garganta de un noble, el villano aprieta los dedos si no está loco. Ven-gamos á los viejos del tiempo de los reyes; á los que no comían para que ustedes engordasen; á los que sufrían, trabajaban, lloraban y deseaban la muerte como único descanso... Ahora somos los más fuertes y debemos aprovecharnos. ¿Qué almas serían las nuestras si no? No somos tan cristianos...

Gervasio tomó aliento para continuar la peroración:

—Lo que pasa está dicho en pocas palabras. Del lado de usted orgullo, locura y desidia; del nuestro odio, envidia y voluntad. Hace cien años que los Grivoize y los Piscop trabajan para conseguir lo que hoy sucede, que la granja se coma al castillo, para que el castellano venga á la granja á implorar al villano, y para que el villano responda á ese señor vacío: «Siga usted su camino, buen hombre, no tenemos nada para usted.»

El conde Juan, lívido bajo aquel chaparrón de insultos, trataba de protestar; pero siempre su voz había sido cubierta por un rumor creciente, que se apaciguaba al instante cuando era Gervasio el que hablaba.

Cuando éste se calló, se manifestó en los presentes cierto asombro. Aquellas frases excedían á todo lo que se había previsto como réplicas violentas. Los jóvenes estaban satisfechos; los viejos movían la cabeza. Todos contemplaban al enemigo, el señor conde Juan de Valroy-Reteuil, esperando y temiendo lo que iba á decir ó á hacer.

El conde, viendo que su ruina era definitiva, sentía ganas de matar.

Si en aquel momento hubiera tenido un arma en la mano, la sangre hubiera acaso corrido.

Perdió la cabeza, opuso la injuria al insulto y se dirigió con los puños cerrados hacia aquellos brutos, que retrocedían á pesar de todo.

—¡Canallas! Los salteadores de caminos valen más que vosotros, porque al menos arriesgan el pellejo. Y tú, hijo de tu padre, miserable, hijo de miserable, que vomitas tu odio delante de mí, paleta de manos sucias, que te crees mi igual porque tu saco está lleno y mi bolsa vacía, escucha y comprende. No, no serás nunca delante de mí más que un triste pelagatos... Soy y seré siempre tu amo. Y la prueba es esta: si te hubieras atrevido á decirme una sola palabra más alta que otra en el castillo que es todavía mío, te hubiera hecho arrojar á la calle por mis lacayos, mientras que yo, en tu casa, á ti, á tu padre y á toda tu familia de bandidos, os escupo á la cara cuatro verdades que no pueden ser más que cuatro ultrajes, y ni uno de vosotros, viejo ó joven, pequeño ó grande, se atreve á hacer el gesto de mostrarme la puerta... Esta es la diferencia. Tú eres Piscop y yo Valroy; yo te tuteo y tú me llamas señor conde; cuando yo levanto la mano, tú preparas la espalda; es cuestión de costumbre y está muy bien así. Sí, ya lo ves, gran imbécil, orgulloso de tu fuerza, te mueves encogido y no sabes dónde meterte... Tu padre y tus tíos bajan la nariz y sienten cosquilleo en las piernas... ¡Paletos! Como los perros de trailla, habéis conocido la voz del dueño y os corre el escalofrío por el pelo. Aquí estoy, delante de vosotros, en vuestra casa, y ninguno se mueve. Si me voy es porque quiero y porque me da asco respirar vuestro aire y mirar de cerca vuestras caras de estúpidos lavadas en sudor... Adiós.

Y considerándose por fin superior en el insulto y contento de sí mismo, Juan de Valroy salió de la casa y se marchó.

Detrás de él se levantó de nuevo un griterío. Pero todos los Piscop y todos los Grivoize se quedaron cabizbajos y humillados.

—Ya nos desquitaremos en el arreglo de cuentas, dijo el mayor; se le apretarán los tornillos una vuelta más y se irá en cueros, yo os lo digo.

Pero por más que hacía, la broma sonaba á hueco. Cada uno en su rincón pensaba en algo y se rascaba la oreja. El conde había dejado rencores ardientes.

—¡Bah!, dijo Piscop afectando desenvoltura, hay que bajarse para recoger.

(Se continuará.)

POESÍA,

CUADRO DE ROBERTO FOWLER

Bien le cuadra el título al bellissimo cuadro del celebrado pintor inglés; sí, todo en él respira poesía, lo mismo la ideal figura cuyo cuerpo cubren tenues gasas que dejan adivinar formas esculturales, que el umbrío bosque á cuya sombra la hermosa doncella descansa. La poesía está allí hasta en los más pequeños pormenores; flota, por decirlo así, en el aire invadiéndolo todo, penetrándolo todo, derramando sobre todos los objetos sus dulces y misteriosos efluvios.

Contemplando este lienzo no habrá quien no sienta la emoción suave que se apodera de nuestra alma ante la presencia de cualquiera manifestación de la verdadera belleza, de esa belleza absoluta, inmanente que subsiste al través de los siglos, desafiando la acción del tiempo, y que resiste á los caprichos de la moda, triunfando siempre de las veleidades de la inteligencia humana.

Contribuye no poco á ese efecto que produce *Poesía* la admirable factura, la armonía del colorido, la misma vaguedad de algunos trazos con que el autor ha exteriorizado su idea y ha dado forma á su sentimiento.

PAISAJE DE LA GARRIGA,

CUADRO DE RICARDO DURÁN

Existe junto al pintoresco pueblo de La Garriga un pequeño bosque poblado de árboles seculares que hasta ahora ha respetado, en gran parte por lo menos, la mano del hombre. Es un sitio delicioso, encantador, en donde no pocos de nuestros más afamados artistas han encontrado abundantes temas para sus composiciones; díganlo, si no, Modesto Urgell, Galwey y tantos otros que han reproducido en el lienzo los más poéticos rincones del «Bosque de 'n Tarrés.»



Poesía, cuadro de Roberto Fowler

Raimundo Durán se ha inspirado también en ese precioso bosque y ha sabido sentir intensamente toda su poesía en el cuadro que en esta página publicamos: los añosos troncos de las encinas, su espeso follaje al través del cual los rayos del sol se filtran, el

rústico sendero bañado á trozos en luz y á trozos envuelto en la penumbra, todo está en esa obra hondamente sentido y ejecutado con una sobriedad y una sinceridad que revelan un verdadero temperamento de artista.

NUEVO TRATAMIENTO

CONTRA EL MAREO

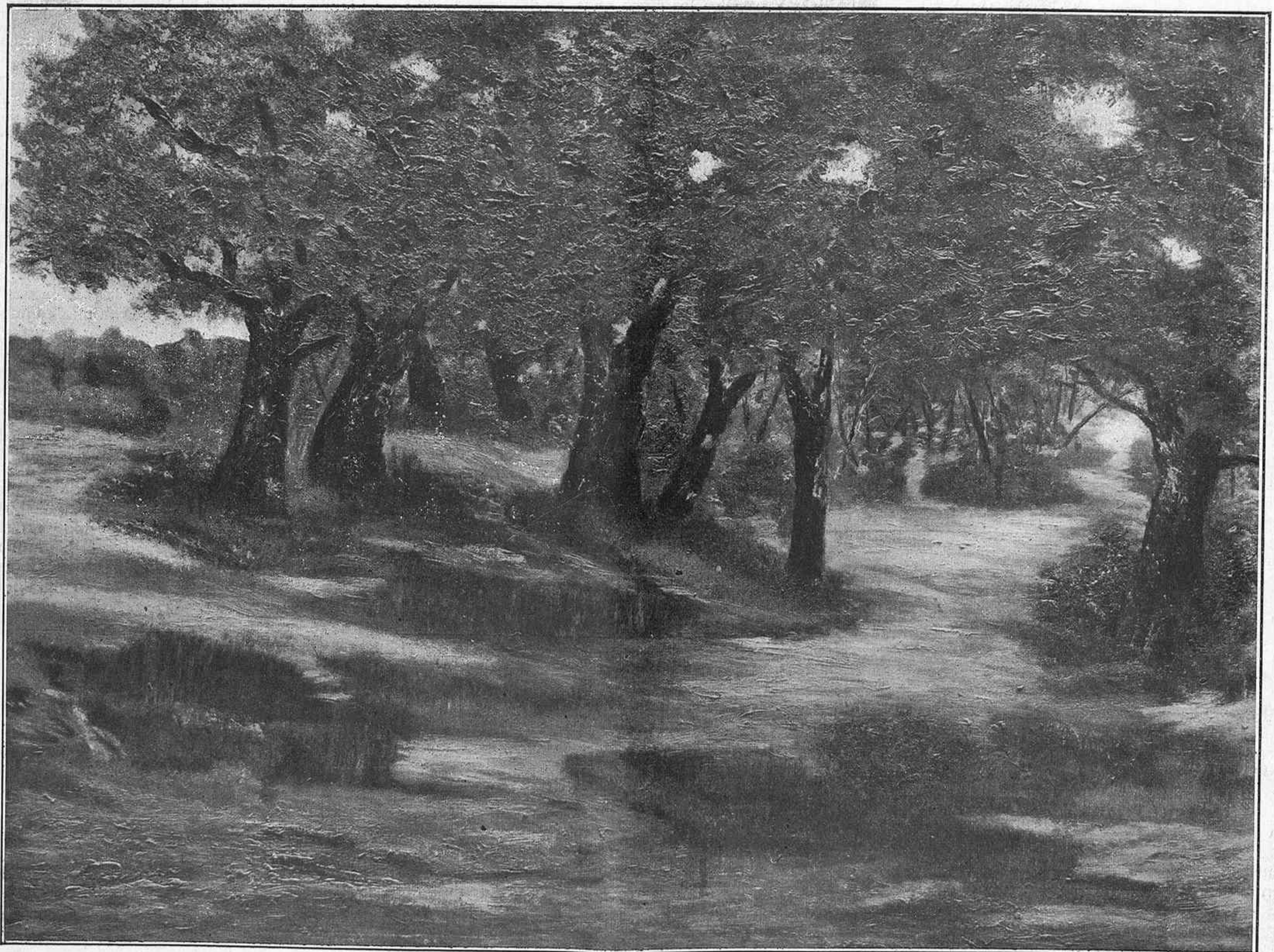
Un alemán, Roberto Otto, ha descubierto un medio de combatir el mareo, que ha sido ensayado con éxito en varios buques. El invento consiste en una butaca cuyo asiento está animado de un doble movimiento de trepidación, horizontal y vertical, producido por un pequeño motor situado entre los pies de aquélla.

La butaca determina en el cuerpo del que en ella está sentado las mismas sensaciones que se experimentan yendo en automóvil por una carretera, y la teoría del sistema es que las pequeñas vibraciones rápidas del asiento relegan á un segundo término las largas ondulaciones del buque ó las anulan, por lo menos en sus efectos sobre el organismo.

Sea lo que fuere de la teoría de ese tratamiento, basada en el hecho de que un dolor artificialmente engendrado atenúa en muchos casos otro dolor natural, parece que la butaca vibratoria ha dado buenos resultados. En los ensayos practicados á bordo del *Patricia*, vapor de la línea de Hamburgo á Nueva York, varios pasajeros aquejados de mareo han podido comprobar que sentándose en la butaca vibratoria se sentían enteramente aliviados, unos inmediatamente y otros al cabo de un rato.

Y, cosa curiosa, parece que una sola sesión de butaca puede dar la inmunidad para toda la travesía; á lo menos así se ha notado en la mayoría de los casos.

En algunas personas el mareo se ha reproducido al cabo de algunas horas; pero una segunda sesión las



Paisaje de La Garriga, cuadro de Ricardo Durán

ha restablecido definitivamente. Otros individuos, la minoría, sólo se sentían bien mientras permanecían en la butaca, experimentando nuevamente el malestar en cuanto se levantaban; así es que pasaban sentados en ella la mayor parte del tiempo.

Hay que hacer constar, sin embargo, que la butaca no producía alivio alguno en los pasajeros que habían dejado que el mareo se apoderara de ellos durante algunos días, lo cual indica que ese tratamiento debe emplearse más bien como medio preventivo que como medio curativo de tan molesta enfermedad.

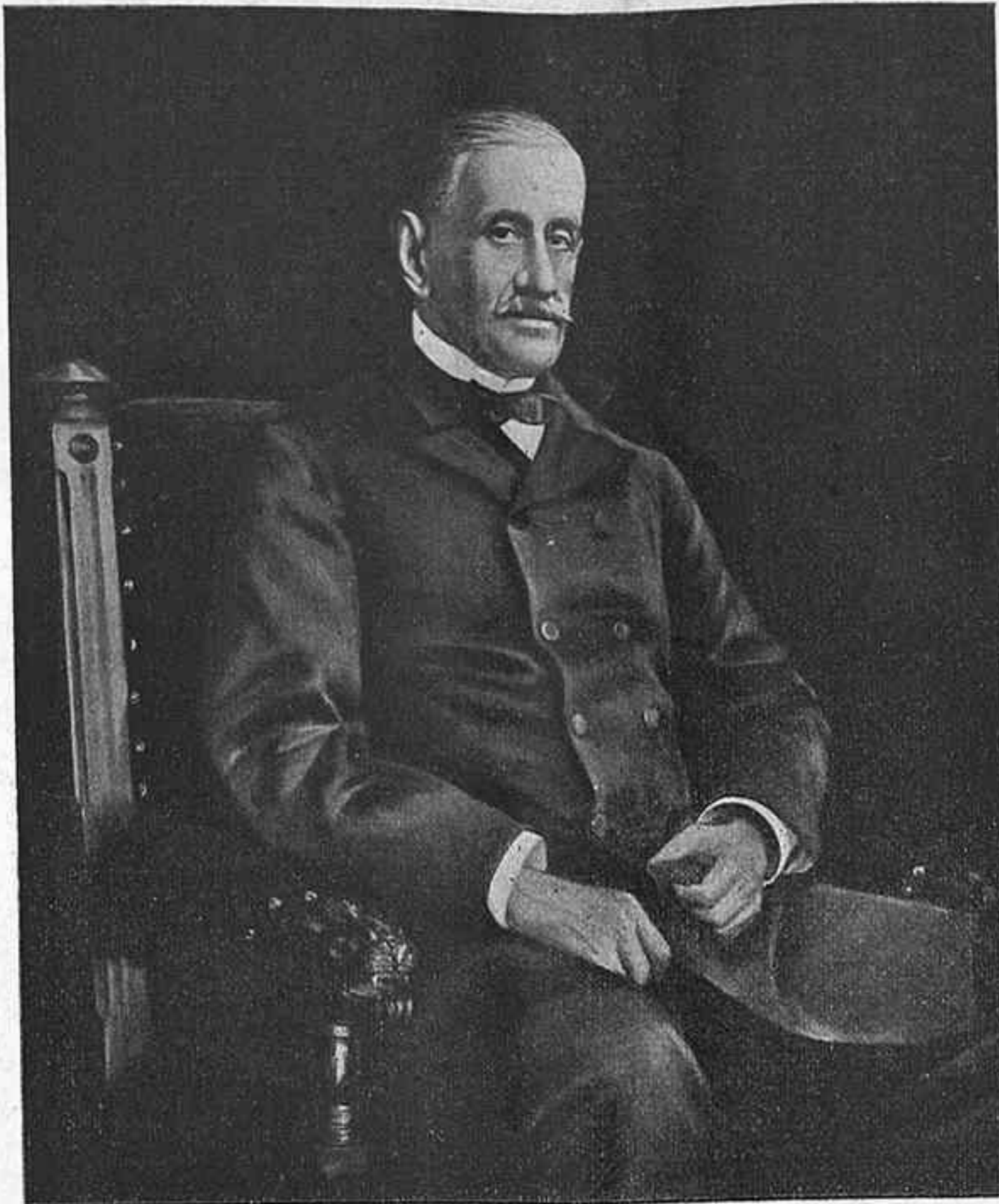
RETRATO

DEL EXCMO. SR. D. MANUEL GIRONA
PINTADO POR JOSÉ M.^a MARQUÉS

Hace pocas semanas, los concurrentes al Salón Parés tuvieron ocasión de admirar un retrato que con destino al Banco de Barcelona ha pintado el notable artista José M.^a Marqués del Excmo. Sr. D. Manuel Girona, presidente que fué de aquella importante sociedad mercantil.

El retrato, que adjunto reproducimos, es notable por el parecido, no sólo en lo físico, sino además en la expresión; el rostro tiene la serenidad, la viveza, la mirada penetrante, que caracterizaron al Sr. Girona, y en la actitud que al cuerpo ha dado el artista se reflejan la seriedad, el reposo, la reflexión madura que constituían el modo de ser del eminente financiero.

Muchas y muy justas felicitaciones ha recibido Marqués por esa obra, nueva demostración de su talento y de sus dotes artísticas; á ellas unimos las



RETRATO DEL EXCMO. SR. D. MANUEL GIRONA, pintado por José M.^a Marqués con destino al Banco de Barcelona

nuestras más sinceras y entusiastas, que expresamos con tanta mayor complacencia cuanto que se trata de un antiguo y querido colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CENSO GENERAL DE POBLACIÓN, EDIFICACIÓN, COMERCIO É INDUSTRIAS DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, levantado en los días 11 y 18 de septiembre de 1904 bajo la administración del Sr. D. Alberto Casares, por *Alberto B. Martínez*, Director de la Estadística Municipal. — Un tomo de 554 páginas, repleto de interesantes datos estadísticos ampliamente razonados y con multitud de grabados, láminas en negro y en colores, planos, etc. Impreso en Buenos Aires en la imprenta de la Compañía Sud-americana de Billetes de Banco.

ALEGRE, por *G. A. Martínez Zuviria*. — Interesante novela que ha valido á su autor, joven escritor argentino, los más entusiastas y justos elogios de la prensa americana. Dos tomos editados en Madrid por Fernando Fe. Precio, cuatro pesetas en España y dos pesos, m. n. en América.

PILAR. EL CIGARRILLO. Habanera, por *P. Xalabardé*. — Pieza musical editada en Barcelona por la casa Musical Emporium. Precio, dos pesetas.

LA CONQUISTA DE MÉXICO. EL DESCUBRIMIENTO DEL OCEANO PACÍFICO. LA CONQUISTA DEL PERÚ. Poemas por *Bernabé Demaría*. — Forman estos tres poemas, escritos en diversos metros, dos tomos (30 x 22) de 418 y 324 y LXIV páginas respectivamente. Contienen los retratos de *Hernán Cortés*, *Vasco Núñez de Balboa* y *Francisco Pizarro* y muchas interesantes notas explicativas. Han sido impresos en Buenos Aires en la Imprenta Europea.

DON LUIS DE REQUESENS Y LA POLÍTICA ESPAÑOLA EN LOS PAÍSES BAJOS. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Sr. *D. Francisco Barado y Font* el día 27 de mayo de 1906. — Un tomo de 154 páginas que, además del notable discurso del Sr. Barado, contiene el de contestación de *D. Julián Suárez Inclán* y unas notas biográficas de *D. Francisco Silvela*. Impreso en Madrid en la imprenta del Patronato de Huérfanos de Administración Militar.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255 Barcelona

Frasco, 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

GADESOT & Co. 8^o St-Denis, 48

PECHO IDEAL

Desarrollo — Belleza — Dureza de los PECHOS en dos meses con las **Pildoras Orientales**, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. *J. RATIÉ*, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8^o50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de P. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

65 AÑOS DE ÉXITO

FUERA de CONCURSO PARIS 1900

GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904

Alcohol de Menta de

RICQLES

(EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)

CALMA la SED, SANEA el AGUA

Contra el VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION

COLERINA

AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO exquisito

PRESERVATIVO contra las EPIDEMIAS

Pedir el **RICQLES**

De venta en las PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.

BOYVEAU-LAFFECTEUR

ROB

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpès, etc.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.

Vendese en casa de **J. FERRÉ**, Farmacéutico, SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR. Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD

Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**

Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 AÑOS de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOBERANO CONTRA

GATARRO — ASMA — OPRESIÓN

30 Años de Buen Éxito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub^o St-Denis, París, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

AGUA LÉCHELLE

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

EL CIRCUITO DEL SARTHE

EL GRAN PREMIO DEL AUTOMÓVIL CLUB DE FRANCIA

El gran premio del circuito del Sarthe ha sido consecuencia del acuerdo del Automóvil Club de Francia de no tomar parte en las carreras de la copa Gordón-Bennet, y las condiciones para el mismo adoptadas tendían á poner de manifiesto, en un largo esfuerzo, las dos cualidades ideales del automóvil, la velocidad y la resistencia, puesto que contrariamente á lo que sucede en aquéllas, se declaraba vencedor al que recorriese el trayecto en menos tiempo, fuesen cuales fuesen las causas del retraso de los que tardaran más.

El recorrido de 1.240 kilómetros debía hacerse en dos etapas y en un circuito de 104 kilómetros de forma triangular, situado cerca de la ciudad del Mans. Los automóviles inscritos han sido 34, de los cuales 25 eran de once casas francesas y los otros nueve de marcas extranjeras; á última hora se retiraron dos de los primeros.

En la prueba del primer día, que se efectuó el 26 de junio último, resultó vencedor Sizs que montaba un Renault de 105 caballos y empleó 5 horas y 45 minutos en recorrer los 600 kilómetros; de los 32 automóviles que la empezaron, solamente la terminaron 17, trece franceses y cuatro extranjeros.

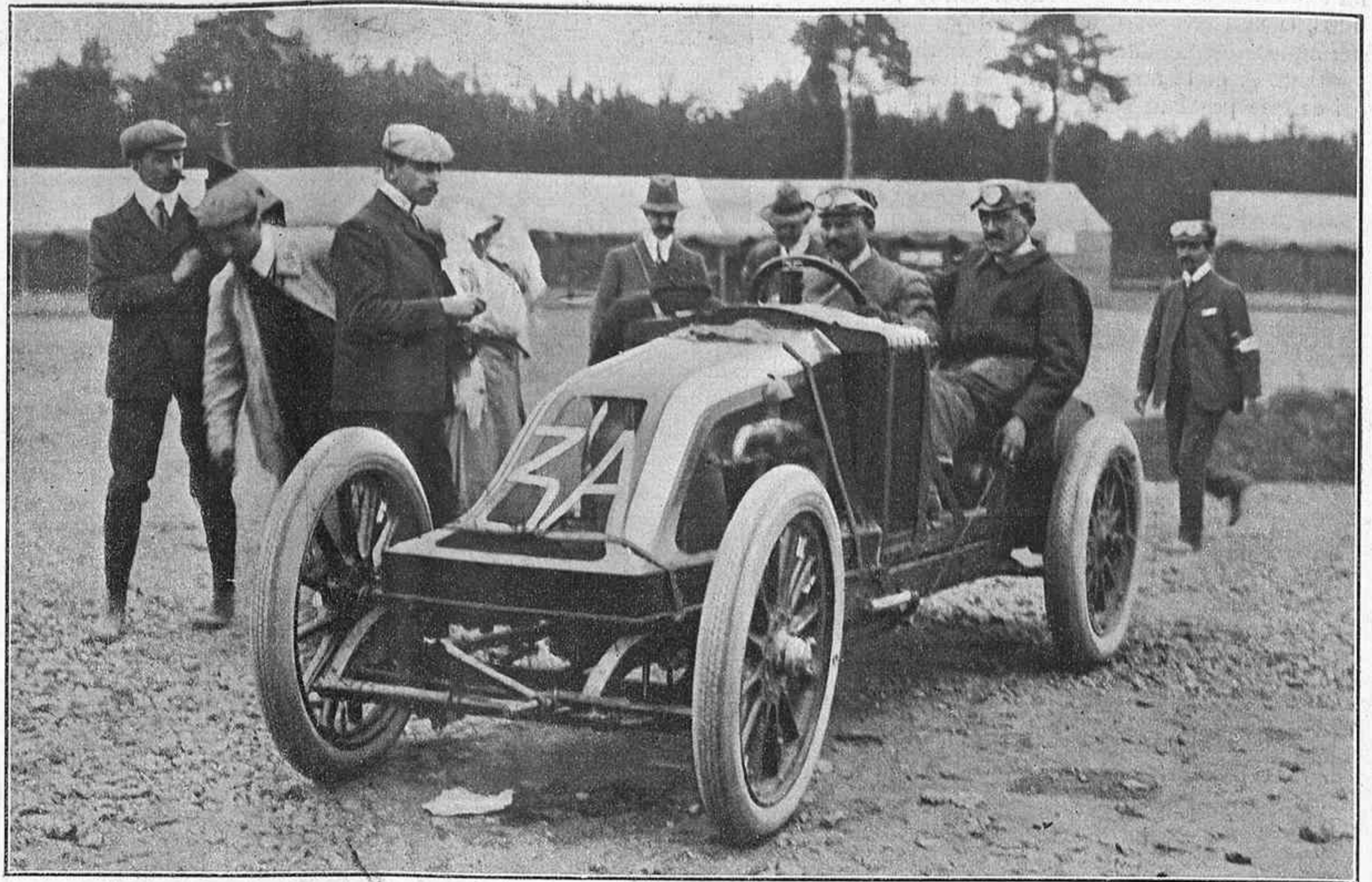
En la prueba del segundo día, 27, tomaron parte los diez y siete que habían terminado la prueba anterior; pero sólo pudieron correr hasta el final once, siete franceses y los cuatro extranjeros.

El resultado definitivo de las dos pruebas fué el siguiente:

1.º Sizs (automóvil Renault con llantas desmontables y neumáticos Michelin), en 12 horas, 14 minutos y 7 segundos; 2.º Nazzaro (automóvil italiano con llantas desmontables y neumáticos Michelin), en 12 horas y 46 minutos; 3.º A. Clement (automóvil Bayard, con neumáticos Dunlop), en 12 horas, 49 minutos y 46 segundos; 4.º Bariller (automóvil Brasier, con neumáticos Continental), en 13 horas y 53 minutos; 5.º Lancia (automóvil italiano, con llantas desmontables y neumáticos Michelin), en 14 horas y 22 minutos; 6.º Heath (automóvil Panhard, con neumáticos Michelin), en 14 y 47 minutos; 7.º Barras (automóvil Brasier, con neumá-

ticos Continental), en 15, 15 minutos y 50 segundos; 8.º Du-ray (automóvil Lorraine A. Dietrich, con neumáticos Michelin), en 15 horas y 26 minutos; 9.º Piery (automóvil Brasier, con neumáticos Continental), en 16 horas y 15 minutos. 10.º Burton (automóvil Mercedes, con neumáticos Continental), en 16 horas, 18 minutos y 40 segundos; y 11.º Mariaux (automóvil Mercedes, con neumáticos Continental), en 16 ho-

ras, 38 minutos y 51 segundos. En toda la carrera no hubo que lamentar más accidente grave que el de Testa, que guiaba un automóvil Panhard y que en un vuelco, cuando llevaba una velocidad de 140 kilómetros por hora, sufrió la fractura de un muslo y de dos costillas. Las carreras fueron presenciadas por numerosa y distinguida concurrencia. — S.



EL CIRCUITO DEL SARTHE. GRAN PREMIO DEL AUTOMÓVIL CLUB DE FRANCIA. — EL VENCEDOR SISZ REGRESANDO AL PARQUE DESPUÉS DE SU TRIUNFO. (De fotografía de M. Rol y C.º)

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. **Exigir la Firma WLINSI.** DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR**

DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD
EXIGIR LA SIGNATURE

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIENSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^º, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS RES **JORET-HOMOLLE**

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^ª G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA RACHITIS ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.** Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN